REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

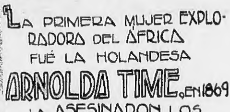
AÑO I | BUENOS AIRES, JULIO 7 DE 1934 | No. 48

VISTO Y OIDO ★ *La Ciudad Dónde no se Entienden* ★ por PREMIANI



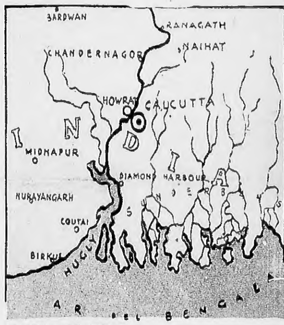


LA PRIMERA MUJER EXPLORADORA DEL ÁFRICA FUÉ LA HOLANDESA ARNOLDA TIME, EN 1869 LA ASESINARON LOS TUAREGS





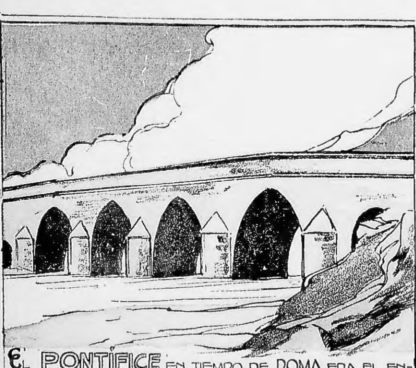
AL ROSSINI LE PAGARON POR SU "BARBERO" 1.200 FRANCOS Y "UN TRAJE COLOR NUEZ CON BOTONES DE ORO"

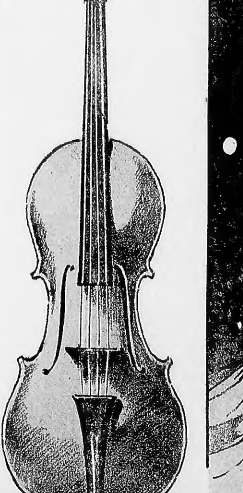


CALCUTA SE CONOCE CON EL NOMBRE DE LA CIUDAD DE LAS 50 LENGUAS, PORQUE SE HABLAN EN ELLA OTRAS TANTAS

EL INVENTOR DEL VIOLÍN FUÉ EL ITALIANO GASPAR BARTOLOTTI EN 1542.—

DESDE MUCHOS SIGLOS ANTES DE J.C. SE SABIA QUE LA TIERRA ERA REDONDA.—







EL PONTÍFICE EN TIEMPO DE ROMA ERA EL ENCARGADO DE CUIDAR EL ÚNICO PUENTE SOBRE EL TIBER QUE UNÍA ITALIA SEPTENTRIONAL A LA MERIDIONAL ADQUIRIENDO ASÍ UN CARÁCTER SAGRADO QUE LUEGO HEREDARON SIMBÓLIC[…]NTE LOS PAPAS.—

El Robo de la Sala III

JONES, el guardián del pequeño "Art. Museum" de Birkenhead, casi sufrió un desmayo cuando a la mañana de aquel lunes, al hacer su recorrida habitual — con fines de limpieza e inspección — notó, al llegar a la sala III, la ausencia de una de las telas que colgaban de sus paredes. La fuerte conmoción se debió no sólo a la comprobación del robo sino también a la dificultad que iba a tener para explicar a su director la razón por la cual sólo a la mañana habían comprobado la falta del cuadro. La verdad era que nunca pudo sospechar — a pesar de la importancia que atribuía a su cargo — que nadie se interesara por las obras del Museo hasta llegar al robo.

Apenas pudo reaccionar de la intensa emoción experimentada, cuando corriendo con toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas y su cuerpo rechoncho, se dirigió hacia la puerta del edificio y con una excitación cercana a la apoplegía comenzó a gritar en un tono chillón:

—¡Han robado en el Museo! ¡Han entrado ladrones en el Museo! ¡Socorro!

...nto se formó un pequeño grupo de personas que fué aumentando y que deduciendo de los gritos del guardián y de su cara descompuesta, que los ladrones estaban aún adentro, irrumpió en tropel en el interior del edificio.

...os a la sala III, el pobre Jones, tembloroso aún, mostró a los curiosos un marco vacío que colgaba de una de las paredes y cuya tela había sido cortada por los bordes.

Un agente de policía que entró con el grupo, se dirigió inmediatamente a un aparato telefónico y comunicó a sus jefes la novedad.

Uno de los presentes se acercó al marco vacío y lo examinó con detenimiento, echó una mirada a los demás cuadros que contenía la sala, así como a los escasos muebles que la adornaban, especialmente a un arcón antiguo que evidentemente despertó su curiosidad y terminaba su revisación cuando llegaron las autoridades policiales que habían sido avisadas por el llamado telefónico del agente.

Eran los recién llegados, el comisionado O'Brien, el sargento Ross y dos subalternos a quienes se impartió orden de despejar de curiosos el edificio.

En ese instante, la persona que tanta curiosidad demostrara por examinar los detalles del hecho, se acercó al comisionado.

—Mi nombre es Jack Sills, soy agente adscripto a la fiscalía del Estado de Nueva York y estas son mis credenciales — exclamó en tanto que sacando unos documentos del bolsillo los puso en manos del comisionado.

Este, una vez que hubo examinado la documentación se la devolvió a su interlocutor, diciendo: ¿Tiene algo que ver su presencia en este lugar con el robo que se acaba de cometer?

—Precisamente; hace algún tiempo que seguimos la pista de un habilísimo ladrón, especializado en robar obras de arte y aunque no conseguí tomar el mismo buque que él cuando se embarcó en América me ha sido relativamente fácil seguirle el rastro, el que me condujo a esta ciudad a donde llegué esta mañana. Apenas llegado, me encaminé hacia acá con el deseo de conversar con el director del Museo y prevenirle acerca del peligro que corrían las obras a su custodia y pensaba también comunicarme con usted y requerir su cooperación en la captura de Dan Milton — que tal es el nombre del delincuente — pero veo que he llegado tarde.

—¿Cree usted positivamente que este robo es obra de Dan Milton?

—Podría jurarlo. Milton no sólo roba obras de arte, sino que él mismo es un artista a su manera. Detesta la violencia, su "modus operandi" posee características de una aparente sencillez con lo que logra esa "difícil facilidad" que siempre se ha elogiado en los verdaderos artistas. Este robo lleva el sello inconfundible de su autor; es como si nos hubiera dejado su tarjeta en el marco vacío con la palabra "adquirido", escrita en ella.

A esta altura del diálogo fueron interrumpidos por la llegada de un caballero que sin mayores síntomas de nerviosidad se les acercó, presentándose: Soy el director del Museo — dijo — y me he apresurado a venir apenas me enteré de lo sucedido; excuso decirles señores que estoy completamente a vuestra disposición.



—Ante todo — empezó Sills ¿podría darnos algunos detalles sobre el cuadro robado?

—Es una obra que representa una batalla entre tribus árabes y aunque su autor es desconocido, se atribuye a un discípulo de Tiépolo.

—¿Posee el Museo — siguió el americano — alguna obra de valor superior a la robada?

—Oh, sí... ésta es de las menos valiosas. En esta misma sala, está — añadió mientras señalaba uno de los cuadros — el "Retrato de un Noble", de Ticiano, que es la joya más valiosa de la galería.

—¿Tiene algún otro dato importante que comunicarnos?

—Absolutamente ninguno; ayer me retiré a mi casa a la hora de costumbre, después de haber cerrado al público el Museo, sin que se notara ninguna irregularidad. El horario de visita es de 13 a 18 horas.

Después de esta breve conversación, los policías inspeccionaron todas las dependencias del Museo y únicamente despertó su atención el arca antigua, de unos dos metros de largo por ochenta centímetros de ancho y noventa de alto, que se encontraba en la sala del robo; había huellas evidentes de que alguien, recientemente, se había introducido en ella, de lo que dedujeron que el ladrón se había ocultado allí el día anterior.

La sala III, salvo sus dimensiones algo mayores que las demás, presentaba un aspecto similar a éstas en lo que se refiere a decorado, iluminación y estilo en general, estando dividida la comunicación entre los salones por gruesos cortinados de felpa. Las ventanas que daban al exterior estaban protegidas por un fuerte enrejado que se hallaba intacto en todas ellas, y además, por puertas con vidrios y postigos de madera. Dado el estilo severo del decorado, los marcos de los cuadros eran de un tono caoba oscuro que armonizaba con el sepia agrisado del papel que recubría las paredes.

Revisadas las puertas del edificio, no se hallaron trazas de haber sido forzadas. Este detalle que llamó la atención de Sills ,no pareció impresionar al comisionado, quien afirmó que con el empleo de una buena ganzúa se podía abrir perfectamente una cerradura sin dejar huellas de su empleo.

Seguidamente pasaron al despacho del director, a donde hicieron comparecer a Jones, el guardián, quien más calmado pero dando aún evidentes muestras de nerviosidad, se prestó a ser interrogado.

Expresó que el día anterior, una vez cerrado al público el Museo, hizo una recorrida general, cerrando las ventanas con sus postigos y apagando las luces y después se retiró a su habitación, en donde se despojó de su librea vistiéndose con un traje de diario.

A las ocho de la noche realizó una breve recorrida, sin hallar nada que le llamara la atención.

Después de una segunda inspección, siendo más o menos las diez y como nada irregular encontrara, se trasladó de nuevo a su habitación y habiéndose acostado no tardó en dormirse hasta ser despertado por la campanilla del despertador a la hora habitual, es decir, a las seis y media de la mañana.

Empezó a realizar la limpieza habitual, abriendo las ventanas, cuando al llegar a la sala III notó la falta del cuadro y salió corriendo a dar la alarma.

Una vez retirado Jones, ambos policías empezaron a analizar los resultados de la investigación realizada hasta ese momento.

—Voy a dar orden — empezó O'Brien — de que vigilen todos los caminos de acceso a la ciudad, pues el ladrón debe llevar consigo un rollo de un metro sesenta de alto y todo sospechoso va a ser detenido. Sólo lamento que esta orden va a ser un poco tardía.

—O tal vez — respondió Sills — algo prematura.

—¿Prematura? El ladrón nos lleva algunas horas de ventaja y mucho me temo que se encuentre en estos momentos a varios kilómetros de Birkenhead.

—En mi opinión —arguyó Sills— Dan Milton se halla aún en la ciudad; y lo que es más, piensa repetir el golpe. En efecto, es incomprensible que un verdadero conocedor de obras plásticas como Dan, haya elegido una tela inferior, pudiendo haber sustraído un auténtico Ticiano como el que estaba a su alcance en la misma sala. Declaro que es la primera "gaffe" que le veo cometer en su carrera y ello me induce a creer que por una u otra razón se ha equivocado de objeto, pero, conociéndolo como lo conozco, estoy seguro de que ha de intentar repetir el golpe, pues no es hombre capaz de dejar a su espalda una obra maestra teniendo probabilidades de hacerla suya.

—Entonces, usted cree... — comenzó O'Brien.

—Creo — interrumpió Sills — que Milton repetirá el golpe, o mejor dicho, que lo intentará. Y como es audaz, e incapaz de perder el tiempo por algunas dificultades que se le pudieran presentar, tengo la convicción de que intentará repetir la hazaña cuanto antes, tal vez esta misma noche.

—Pero en ese caso está perdido, pues si vuelve no seré yo quien lo deje escapar.

—Ni yo tampoco. — Terminó el policía americano.

Después del "lunch" ambos policías dedicáronse a trazar el plan que llevarían a cabo esa misma noche a fin de que, si el ladrón intentaba consumar el segundo robo, no se escapara de entre sus manos.

Decidieron que Sills permanecería oculto en la sala III, en tanto que O'Brien y dos agentes harían guardia en el vestíbulo del Museo. A la menor señal de alarma, Sills daría dos pitadas con su silbato y acudirían los otros policías en su ayuda. Una vez de acuerdo en todos los detalles ambos policías se separaron dándose cita para las diez de la noche en el edificio mismo del Museo.

Una espesa niebla fué condensándose sobre la ciudad de tal manera que al caer la noche, la visibilidad era escasa a cinco metros de distancia.

Llegada la hora de la cita, se reunieron en el despacho del director los policías que iban a hacer guardia en el Museo, en donde se pusieron de acuerdo sobre los últimos detalles.

—Apuesto doble contra sencillo — afirmó Sills — a que esta noche recibimos la visita de Milton. Es demasiado favorable para sus planes la niebla que envuelve la ciudad para que no la utilice en su provecho.

—En ese caso — contestó el comisionado — poco he de valer si no consigo capturarlo estando, como estoy, sobre aviso.

De acuerdo a lo convenido, Sills se dirigió a la sala III, ocultándose entre los pliegues del cortinado que dividía esta sala de la IV, y el comisionado O'Brien se instaló en el vestíbulo del edificio con sus hombres. Según lo combinado, ni una luz permaneció encendida en el interior del Museo y el más profundo silencio reinó pronto en el interior del mismo.

A las 3 y 20 de la madrugada, O'Brien y sus agentes fueron sobresaltados por los estampidos de tres disparos de revólver y un ruido de vidrios rotos que provenían de la sala III.

Se dirigieron a toda velocidad hacia ese lugar, cuando vieron venir a Sills que gritaba:

—¡Consiguió entrar y cuando lo sorprendí huyó por la misma ventana! ¡Creo que algunos de mis disparos lo alcanzó! ¡Vamos afuera!

A toda velocidad el grupo se encaminó al exterior del edificio. Afuera, la niebla seguía espesa como al caer la noche.

Se dirigieron hacia el lugar en que se encontraba la ventana de la sala III, dispersándose los perseguidores en busca del ladrón. Nada pudieron hallar ni el comisionado ni los agentes, por lo que al cabo de un rato regresaron, un tanto cabizbajos, al Museo a esperar la llegada de Sills.

—Menos mal que el segundo golpe pudo al menos frustrarse. —Refunfuñó el comisionado.

Habían transcurrido unos minutos desde su regreso, cuando O'Brien, sin poder contener su impaciencia se encaminó a la sala III, encendiendo las luces al entrar.

Casi sufrió un desvanecimiento al observar que el cuadro robado la noche anterior estaba en su lugar; en cambio se hallaba vacío el marco correspondiente al "Retrato de un Noble", de Ticiano.

Los vidrios de la ventana estaban rotos pero los barrotes no habían sido limados en parte alguna.

El coronel C. H. Brackembury, ex oficial del Servicio Secreto en la India, se hallaba en esos días en Birkenhead atendiendo algunos asuntos particulares. El robo del Museo había atraído su atención como la de todo el mundo y habiéndose hecho conocer, obtuvo permiso para entrar en el local del robo, en donde encontró al comisionado O'Brien y demás policías completamente desconcertados.

Las autoridades habían llegado a la conclusión de que Jack Sills, que había desaparecido, tenía mucho que ver con el robo del cuadro, así como que la documentación exhibida por él era falsa, pero lo inexplicable era la aparición de la obra primeramente robada, ya que se había registrado prolijamente todos los lugares de escondite posibles en el Museo, con anterioridad al segundo suceso y nada habían hallado no obstante el tamaño del cuadro que, aún enrollado, tendría una altura de un metro sesenta. Además, la tela estaba intacta, por lo que el misterio era aun mayor.

POR

CARLOS PEREZ RUIZ

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El coronel Brackembury examinó el cuadro aparecido así como el marco vacío, se dirigió a la ventana, que examinó detenidamente y enfrentándose con el comisionado, empezó:

—Seguramente a estas horas ustedes habrán resuelto y explicado todo el misterio aparente del robo.

—Lo indudable es que el supuesto policía Sills, era cómplice de Milton... sino era el propio Milton. — Replicó el policía.

Sí, evidentemente, Sills sólo existió en la imaginación de Milton, algunas de cuyas hazañas conozco.

—Lo misterioso es saber dónde escondió el primer cuadro robado y cómo y porqué lo volvió a colocar en su sitio al llevar el segundo. Además, si el que quería robar era el Ticiano ¿por qué no se lo llevó la primera vez?

—El primero de los robos puede calificarse de provisional, aunque hago mal en llamarlo robo, ya que el cuadro no ha salido de la sala III ni un solo minuto.

—¿Querrá usted hacerme creer que fué escondido en la sala sin que lo hayamos encontrado, a pesar de nuestra minuciosa revisación?

—Escondido... quién sabe, pero tapado, desde luego.

—Si usted no se explica mejor...

—Hay personas que sostienen que no hay como dejar una cosa a la vista para que no se la vea... sobre todo si el que la busca espera hallarla escondida. Parece ser que Milton es de los que sostienen esta teoría y hay que reconocer que, esta vez al menos, ha tenido razón. Milton necesitaba la alarma de un robo para entrar en funciones y poder robar lo que deseaba, pero para ello era indispensable que el cuadro aparentemente robado fuera otro distinto del que él codiciaba. Es necesario tener en cuenta que, dados los procedimientos que emplea en sus robos, la violencia no entra en sus planes; prefiere reemplazarla por la astucia. Es indudable que si la primera noche hubiera eliminado al guardián y forzado la puerta de salida, no hubiera tenido necesidad de desempeñar la farsa subsiguiente, pero hay que reconocer que Milton es un "artista" y como tal se encariña con sus obras y es incapaz de emborronar ninguna de ellas con un acto de violencia.

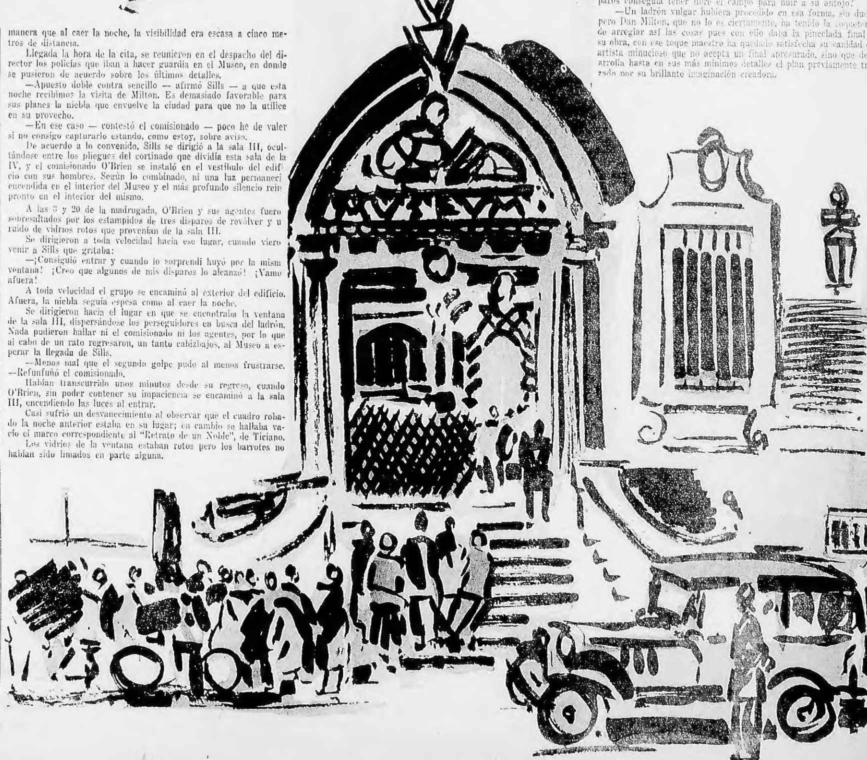
—Sí, pero usted con toda su charla — replicó algo molesto el comisionado — no explica la forma en que se desarrollaron los hechos.

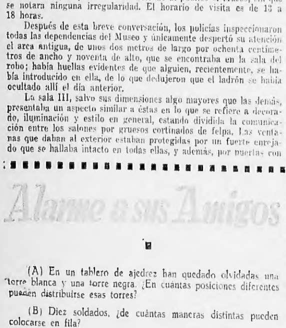
—Yo ya me los he explicado, y ahora voy a relatárselos sin apartarme por un instante de la lógica más abrumadora. Lo que aparece como inexplicable es precisamente lo indispensable.

Milton estuvo el domingo por la tarde en el Museo y en un momento en que quedó solo se escondió en el arcón de la sala III. Después de la media noche empezó a operar. Primeramente se dirigió hacia el "Retrato de un Noble" y con un simple cortaplumas lo cortó del bastidor. Después, colocándole por el dorso una substancia adhesiva lo pegó sencillamente sobre el otro cuadro, con lo que éste quedó oculto. Usted habrá notado que las medidas de ambos son iguales y los marcos de todos los cuadros de la sala son idénticos. Colocó el marco vacío en el lugar del otro cuadro y éste en el sitio del primero, con lo que la ilusión se produjo: el cuadro robado era el de la batalla. Esperó oculto entre el cortinado a que se produjera la alarma y se entremezcló con los curiosos al irrumpir, éstos en la sala a la mañana siguiente. Lo demás usted lo conoce, tal vez mejor que yo.

—Sí, — arguyó el comisionado — pero ¿por qué aparecen ahora tanto el cuadro como el marco vacío en sus lugares primitivos? ¿A qué perder tiempo en esos detalles, si con la alarma y los disparos conseguía tener libre el campo para huir a su antojo?

—Un ladrón vulgar hubiera procedido en esa forma, sin duda, pero Dan Milton, que no lo es ciertamente, ha tenido la coquetería de arreglar así las cosas pues con ello daba la pincelada final a su obra, con ese toque maestro ha quedado satisfecha su vanidad de artista minucioso que no acepta un final apresurado, sino que desarrolla hasta en sus más mínimos detalles el plan previamente trazado por su brillante imaginación creadora.





Alarme a sus Amigos

(A) En un tablero de ajedrez han quedado olvidadas una torre blanca y una torre negra. ¿En cuántas posiciones diferentes pueden distribuirse esas torres?

(B) Diez soldados, ¿de cuántas maneras distintas pueden colocarse en fila?

(C) ¿Cuál es mayor, la suma de 100+2+500 o el producto de 1 por 6 por 0 por 9?

SOLUCIONES

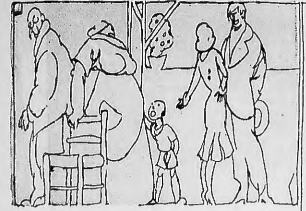
(A) El tablero tiene 64 casillas. Si la torre blanca ocupa una de ellas, la torre negra puede ocupar cualquiera de las 63 restantes. A cada posición de la torre blanca corresponden 63 de la torre negra. Esto nos da como total el producto de 64 por 63, o sea 4032.

(B) Se trata del ejemplo clásico del cálculo de permutaciones, o sea del modo en que se pueden disponer varios elementos, variando el orden en que están colocados. Para obtener la solución, basta multiplicar 1 x 2 x 3 x 4 x 5 x 6 x 7 x 8 x 9 x 10, larga operación que nos da la cifra de 3.628.800.

Si los soldados tardaran un segundo en hacer cada conversión, precisarían cuarenta y dos días para agotar todas las variaciones posibles — días heroicos o infernales, sin sueño.

(C) 100+2+500 da 602. 1 x 6 x 0 x 9 da 0, ya que basta un cero [illegible] factor para que resulte cero el producto.

La Ciudad que no quiso ser Provinciana





SIEMPRE fué una ciudad que no quiso ser provinciana. En cuanto se inauguró el primer Centenario de la muy oronda Independencia Argentina, empezamos a darnos cuenta de la nacionalidad. Antes lo veíamos todo a lo extranjero emigrado. Por eso es que la agricultura, en manos de tales, fué una manera de hacernos patria de emigrados obscuros y sin héroes. Por tal motivo, la ciudad se podía descubrir en los oficios y pregón de los vendedores ambulantes. La profesión y procedencia de artículos nos daba la medida, el tono del nacionalismo ajeno al de su capital. Para ello nos quedaría una clasificación objetiva de la vida de sus calles y de sus múltiples oficios, tales como verduleros, pescadores, zapateros, albañiles, barrenderos, etc. que en todas partes lo son,, y lo eran por entonces, italianos. Desde cualquier interior, de patios o habitaciones se advertía la referencia extranjera de los que pregonaban mercancía a cualquier hora del día. Los había tenderos, mozos de café, corredores de comercio y de otros oficios que, con pequeñas variantes, se les conocía como españoles. Los argentinos que trabajaban hacían de carniceros, estibadores, carteros, empleados de comercio, y un gran porcentaje lo había de los que andaban a la zaga de mejor conchavo. Los vascos, ingleses, turcos, alemanes y los judíos de entonces, se adineraban practicando generalmente los dividendos que rinde toda gran ciudad. Sin olvidar con esto al catalán Vila y a otros millonarios de la época, nos quedaría la cantidad de tipos populares, pintorescos, abundosos en aquellos días en que había tiempo de verlos y de escucharlos. Los prontuariados y malandrines eran los que mantenían asuntos a puertas cerradas, en tanto la "maffia" determinase arreglar sus cosas entre parientes. Como así lo fué demostrando en distintas actuaciones.

★

Por otra parte, sus calles no conocían la cachaza provinciana. Los conventillos, generalmente ocupados por albañiles, verduleros, pescadores, se hallaban abarrotados de canastos en los fondos, rincones y frente de las habitaciones. Los que no estaban muy al centro de la ciudad eran ocupados generalmente por criollos, españoles, turcos y de otras nacionalidades asimiladas entre sí. A éstos conventillos se les notaba la procedencia rosista, de negros y candombes... Solían tener paredes de alquitrán y en sus patios de tierra siempre había un rincón donde se jugaba a la taba. Sus veredas eran frecuentemente ocupadas por cantidad de muchachos agresivos que gustaban apedrear, desmayar ventanas o faroles con lágrimas de vidrios en el suelo.

Los terrenos baldíos aun permanecían por las calles del centro, y eran útiles y frecuentados generalmente por gente del barrio. Los domingos, por ejemplo, predicaban evangelistas y órdenes religiosas. Junto a malandrines y gente de toda catadura se notaba la presencia de personas honestas que pasaban el tiempo en determinados juegos de la época. Entre la maleza y escondites la policía solía descubrir domicilios de gente que dormía de día, y con frecuentes fechorías cometidas en el mismo baldío. Hasta se llegó a consumar, entre otros abusos, ciertos sacrilegios con las predicadoras religiosas. Por entonces, el baldío era lugar de intimidad y de obscuras operaciones.

En otro aspecto de sus calles, "la verdulera", "la murra" y "el barbera" sonaban en los conventillos, zaguanes y cantinas del barrio. Los enamorados de entonces personalmente llevaban serenatas a domicilio, y era señal de ofensa para el messotenorino si la durmiente no aparecía con una copita de algo en la mano.

En aquel Rosario no se era tan sentimental como parece, y como para recordar a "la costurerita que dió aquel mal paso". Preferían la borrachera en coro, "ala violeta", o jugar a la maffia dopo d'un ritorno de vendetta.

La escuela por entonces no era obligatoria, y se aprendía a insultar a los muertos como ofender a las madres. A quienes eran de familias pudientes se les decía "dotor" o "cajetilla", y a los que se largaban para Buenos Aires se les reconocía categoría de "alguien"

★

En aquel comienzo de ciudad traída del campo, se notaba en sus habitantes la jactancia peleadora de instintos en formación. Vivían desvividos por lograrse la América soñada en la Europa de Garibaldi o Castelar. Los que se establecían en eso que comenzaba a ser ciudad, parecían venidos del campo. Al poco rato ya usaban las prendas de vestir introducidas por el compadrito porteño. Para aquellos emigrantes que no habían conocido más vida que la de sembrar y recoger, la ciudad aquella les parecía el centro del universo. De ahí ese carácter agresivo, de mixtas costumbres, mezcla de lo grosero-pintoresco con cierta inclinación a lo puritano-materialista. No otra cosa era lo que se dice de clase media para abajo.

De ahí que los italianos de entonces fuesen los que levantaban la cosecha, sin olvidar — claro está — que esto significaba vivir tres meses "a pan y cebolla" y volver al Rosario con sus buenos pesos. Para los españoles, criollos y turcos que no hallaban trabajo, o andaban de vago, la cosecha suponía generalmente una "tabla" de salvación". Para éstos, trabajar en tales condiciones significaba sacrificio o aventura; para los italianos era una profesión de amor, aprendida en Europa. De ahí también que los dueños de los campos — vascos, ingleses, italianos, franceses, judíos, alemanes y el catalán Vila — mandasen venir remesas de emigrantes paisanos, para que trabajasen las apetecidas tierras de América.

De esa manera creo que fué el comienzo de aquella ciudad campesina.

★

Volviendo a la ciudad, la cultura del Rosario, hago notar, nació en los días de Carnaval. No pudo ser de otra manera, dado el fracaso de autoridades o instituciones bien intencionadas. Lo que el Estado y su docencia no lograran con algunos sacrificios, lo hizo el milagro disfrazado. Es decir, aquella ciudad necesitaba una forma exterior que se adaptase a su naturaleza descreída. Y tuvo que ser disfrazando, o como se dice, dorando la píldora. Inteligentemente fué ésta preparada por los españoles de entonces; los que comprendieron la paradoja y la dosis de sacrificio a que se exponían. Sin eso, no se hubiese justificado el determinarse de esta manera: Mientras los "diablos", los "negros escoberos" y "negros candomberos", como los "cocoliches" y gauchos carnavalescos determinaban muertes, repartiendo puñaladas y balazos en pleno centro de la ciudad, los españoles de entonces introducían la cultura revestida, disfrazada de comparsas compuestas de centros filarmónicos: estudiantinas, orfeones, cantos, bailes, recitados y otros actos culturales que se conocían en privado. Esto por temor a la chusma violenta y desatada en lo que no fuera la fuerza del músculo del compadraje con miras al desorden. Aparte de lo dicho, y de lograr los primeros premios — como el reconocimiento del pueblo y autoridades docentes — los españoles, repito, desde entonces fundaron centros filodramáticos, líricos, veladas literariomusicales y hasta conciertos de cámara e instrumentales. Antes de esto exagerando un poco, el Rosario de Santa Fe no conocía más que la Banda Municipal, el acordeón y la guitarra. Sin olvidar que ésta, salvo excepciones, se encontraba relamiéndose entre gringos.. Sus vidalas y estilos siempre salían tirando para el lado del campo... Ahogada en su anchuroso amor — como siempre lo fué el de la guitarra — querendona del gaucho y amiga de mostrarse entera sobre el poncho de sombra que le diera el ombú, la guitarra en el Rosario no era la guitarra: la usaban de mandolina para acompañamiento de canzonetas napolitanas.

Tampoco hay que olvidar que por esos días Florencio Sánchez andaba muy pobremente por el café El Dorado y El Forno, y que los rosarinos de entonces no conocían más teatro que el Juan Moreira y La Viuda Alegre; que el tango habanero era la única música de entonces, con el vals "Sobre las olas", la jota y la tarantella.

★

Las romerías españolas eran costumbre casi nacional. El no haber asistido a ellas, en uno de sus días, significaba algo así como haber pasado un año sin carnaval. Por donde se anduviese se tropezaba con gente que iba de boina y de faja colorada, alpargatas y pantalones de pic-nic. Se les veía por las calles, vestidos como para retrato, y se les sabía entregados a la españolería de la fiesta. Todos se volcaban fuera de los límites de la ciudad, donde generalmente se efectuaban estas romerías. Tanto las carrozas como otros vehículos, iban adornados con mantones y charras alegorías. Pasaban los carretones con sus vistosos trajes regionales, y se llenaban las calles de algarabía, de voces jacarandosas y tonadillas con empaque de pandero. Las coplas, las gaitas y las guitarras recuerdo que llenaban de verbena, la ciudad. El pueblo en esos días era todo español, con el derecho, claro está, de vestirse a la manera de la raza, nación o pueblo a que pertenecían. Tanto daba una canción o baile escocés, con dulzainas y sus típicos trajes, como un fado a la usanza y manera de vestir de Portugal. Se mezclaban las jotas con el pericón y la tarantella. Y los osos y los monos y auténticos gitanos, con sus carretones de feria, hacían pensar si estábamos en carnaval o en romerías. Los más "divertidos" se vestían de pelotaris, escoceses, gitanos y cocoliches que, indistintamente, se tomaban del brazo de la gallega, del vasco o de la napolitana. Hasta gauchos o indios los había con sus chinas y sus negras vestidas de percal.

En aquellas hectáreas de tierra confieso que se veía el colorido más universal de lo popular. Muestrario era éste de carpas, emblemas y personas, vasto y adornado con gran profusión de banderas españolas e italianas.

★

Las corridas de toros también iban parejas a estos acontecimientos, no por la profusión material que significara, sino por el contenido de entusiasmo que despertaban tales manifestaciones.

Por entonces, lo mejor del toreo no era el día de la fiesta, sino el de los ensayos. De cuyas malas artes, para encarar a los de "mihura", hallados (diría un andaluz) a la sombra de un baldío, era lo más pintoresco y bochornoso, a la vez, para aquellos hinchas de Joselitos. A cual más, a cual menos, y por el hecho de ser español, todos decían haber sido toreros en su tierra. Lo curioso del caso es que no había toros para dichos ensayos, y que el "embolao" lo era uno de los "picaores". Este no aguantaba, por ejemplo, que sabiéndose "toro", o en función de tal, los del público — reunidos para arreglos de ensayos — les gritasen: ¡Gallina!... u cosas semejantes. Por lo que las corridas de toros, en el Rosario, nunca pasaron de grandes ensayos, pese a las "majas" (españolas, italianas, etc.-, a los vistosos trajes de torero y a los corralones bien dispuestos. Para ello va una anécdota que lo ilustra:

En una de las corridas, extraoficial, el matador parece que andaba fallido de puntería. El toro sangraba y no cejaba de enabestir, quemándose de ira al pie de los capeos. La noche llegaba, pero el toro no moría. Visto lo imposible de terminar con el "mihura", el presidente de la fiesta abandonó su palco distinguido, salió a la pista entre el jaleo torrencial del público, y disparó a la bestia cinco auténticos balazos. Saludó cortésmente, como presidente, y con ello creo que fué el público el que terminó con la fiesta de los toros.

Así, con otras variantes, poco más o menos, era el Rosario de aquel primer Centenario de la muy oronda Independencia Argentina.

Aparte de esto, y sin aires de historiador, me gustaría decir también que fué la langosta (¿para cuándo el monumento?) y no la Barranca de Belgrano, la que descubrió el Rosario. Hasta ahora no lo he consultado a sus obscuros millonarios, pero imagino que lo de la bandera fué una alegoría durante cien años de agricultura. Lo que no quiere decir, exagerando un poco, que sólo la izaran para indicarnos el lado a que iba el viento. No. Pero si fuimos patriotas, queriendo vivir de acuerdo con nuestra idiosincrasia, también lo fuimos negados por los que, pudiendo ser alguien, se quedaron en millonarios.

Por eso, y por lo que no dice la historia, los únicos héroes de aquella ciudad que no quiso ser provinciana, creo que lo fuimos los muchachos de barrio. A nosotros se nos debe el acicate que impusimos a las autoridades en procura de algo que fuera como una liberación. No siendo así, creo que nunca hubiéramos descubierto la manera de ser argentinos. Para ello nos fuimos declarando enemigos del "progreso". Rompiendo, negando, mintiendo, nos fuimos formando de manera de no estar de acuerdo con nada..

Por J. SOLER DARAS

ILUSTRACION DE GUIDA

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks











EL TAMBOR DE TACUARI









DOS BURROS QUE NO SON FLAUTISTAS

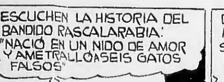








AVENTURAS



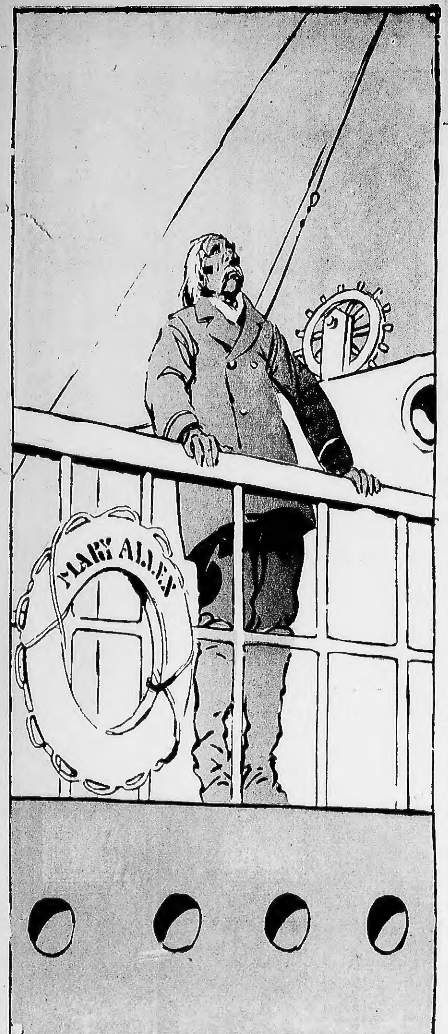








DONDE ESTÁ MARCADA



PERSONAJES:

Capitán ISAÍAS BARTLETT.
DANIEL BARTLETT, su hijo.
SUSANA BARTLETT, su hija.
DR. HIGGINS
SILAS HORNE, piloto
CATES, contramaestre de la goleta "Mary Allen".
JIMMY KANAKA, harponero.

(Los tres últimos personajes no hablan).

ACTO UNICO

LA ESCENA REPRESENTA el "camarote" del capitán Bartlett: un cuarto edificado como un mirador en lo alto de su casa situada en una elevación de la costa. El interior del cuarto está arreglado como un camarote de capitán. A la izquierda adelante un ojo de buey. Más atrás una escalera de cámara. Aún más atrás, dos ojos de buey. En el fondo a la izquierda un aparador con un farol. En el fondo, al centro, una puerta que da a las escaleras que conducen a la parte baja de la casa. A la derecha de la puerta, contra la pared, una cama de marino con una frazada. En la pared de la derecha cinco ojos de buey. Exactamente abajo, un banco de madera. Frente al banco una mesa larga, con dos sillas de respaldo derecho, una enfrente y la otra a la izquierda. En el piso una alfombra común de color oscuro. En la mitad del techo una claraboya que se extiende desde la parte delantera del techo hasta la punta izquierda de la mesa. En la extremidad derecha de la claraboya cuelga una brújula de cámara. La luz de la bitácora proyecta en el piso la vaga sombra redonda de la brújula de cámara.

La obra se desarrolla en las primeras horas de una noche clara y ventosa del otoño de 1900. La luz de la luna movida por el viento, que se queja contra los tercos ángulos de la vieja casa, se arrastra fatigadamente por los ojos de buey y descansa como polvo cansado en manchas circulares sobre el piso y la mesa. Una insistente monotonía de olas que truenan amortiguada y lejana, sube desde la playa.

Después que el telón se levanta, la puerta del fondo se abre lentamente y los hombros y la cabeza de DANIEL BARTLETT aparecen sobre el umbral. Echa un vistazo y viendo que no hay nadie, asciende los escalones que le faltan y entra. Hace un signo a alguien que está en la oscuridad, debajo: —Suba, nomás, doctor — dice. El doctor HIGGINS lo sigue, y, cerrando la puerta, mira con gran curiosidad a su alrededor. Es un hombre delgado, mediano, de aspecto profesional, de unos treinta y cinco años. DANIEL BARTLETT es muy alto, huesudo, y desgarbado. Le han amputado el brazo derecho hasta el hombro y la manga de ese lado cuelga flojamente o pega contra el cuerpo cuando se mueve. Representa más que los treinta años que tiene. Los hombros parecen agobiados por la cabeza maciza, con melena negra y enmarañada. La cara es larga, huesuda y cetrina; con ojos negros muy hundidos, nariz aguileña, boca de labios finos, ancha, sombreada por un bigote descuidado y cerdoso. La voz es baja y profunda, de tono penetrante, hueco, metálico. Usa una chaqueta gruesa y pantalones de corderoy metidos en altas botas cerradas por cordones.

DANIEL. — ¿Ve bien, doctor?

HIGGINS. — (*En el tono demasiado indiferente que delata una incomodidad interior*). Sí... perfectamente... no se moleste. Brilla tanto la luna...

DANIEL. — Felizmente. (*Caminando despacio hacia la mesa*). El ya no quiere luz... últimamente... sólo la que viene de la claraboya.

HIGGINS. — ¿El? Ah... ¿Usted quiere decir su padre?

DANIEL. — ¿Qué otro, sino?

HIGGINS. — (*Un poco asombrado, mirando alrededor con extrañeza*). — ¿Supongo que todo esto se quiere parecer al camarote de un barco?

DANIEL. — Sí..., como le previne.

HIGGINS. — (*Sorprendido*). ¿Me previno? ¿Por qué prevenirme? Me parece muy natural... muy interesante este capricho suyo.

DANIEL. — (*Significativamente*). Interesante, puede ser.

HIGGINS.—¿Y vive aquí arriba, usted me contaba?... ¿Nunca [illegible]

[illegible]. — Nunca... desde ha[illegible]os. Mi hermana le sube la comida. (*Se sienta en la silla, a la izquierda de la mesa*). Hay un farol en ese aparador, doctor. Tráigalo y siéntese. Vamos a encender luz. Discúlpeme por haberlo traído a esta pieza en el techo... pero aquí nadie nos oye; y viendo con sus propios ojos la vida de loco que lleva... Lo que yo quiero es ponerlo en posesión de todos los hechos... eso mismo ¡hechos!... y para eso se precisa luz. Sin luz, hasta los hechos... aquí arriba... se vuelven sueños... sueños, doctor.

HIGGINS. — (*Con una sonrisa de alivio, trae el farol*). Es verdad... esta pieza es medio fantástica...

DANIEL. — (*Pasando por alto esta observación*). El no va a notar esta luz. Tiene los ojos demasiado ocupados... allá fuera. (*Extiende el brazo izquierdo en un amplio gesto, hacia el mar*). Y si nota... bueno, que baje. Tarde o temprano usted tendrá que verlo. (*Prende un fósforo y enciende el farol*).

HIGGINS. — ¿Dónde está... él?

DANIEL. — (*Señalando hacia arriba*). Arriba, en la toldilla. Siéntese, hombre! No va a venir... por ahora.

HIGGINS. — (*Sentándose en la punta de la silla frente a la mesa*). — ¿Al techo también lo arregló como si fuera un barco?

DANIEL. — Ya se lo dije. Igual que una cubierta. El timón, la brújula, luz de bitácora, la escalera de cámara... ahí (*la señala*) un puente para caminar de arriba abajo... y hacer de vigía. Si el viento no soplara tan fuerte usted lo sentiría ahora... de arriba abajo... toda la santa noche. (*Con una brusca aspereza*). ¿No le dije que estaba loco?

HIGGINS. — (*Con tono profesional*). No me sorprende. A todos les he oído lo mismo desde que estoy en el hospicio. Usted dice que sólo camina de noche... ahí arriba?

DANIEL. — Sólo de noche, sí. (*Torvamente*). Las cosas que quiere ver no se pueden ver a la luz del día... sueños y cosas de esas...

HIGGINS. — Pero ¿qué es lo que quiere ver? ¿Alguien lo sabe? ¿Habla de eso?

DANIEL. — (*Impaciente*). Todo el mundo sabe lo que el viejo está esperando! Está esperando el barco...

HIGGINS. — ¿Qué barco?

DANIEL. — Su barco... la "Mary Allen"... el mismo nombre de mi difunta madre.

HIGGINS. — Pero... no entiendo... ¿El barco se ha retrasado mucho... o qué pasa?

DANIEL. — Se perdió en un temporal, frente a las islas Celebes, con toda la tripulación... ¡hace tres años!

HIGGINS. — (*Maravillado*). Ah. (*Después de una pausa*). Pero a pesar de todo su padre conserva la esperanza...

DANIEL. — No hay esperanza ni nada que conservar. El barco fué avistado con la quilla al aire, completamente listo, por la ballenera "John Slocum". Eso fué a las dos semanas de la tormenta. Mandaron un bote para leer el nombre...

HIGGINS. — Y su padre nunca supo...

DANIEL. — Fué el primero en saberlo, naturalmente. Lo sabe demasiado, si eso es lo que usted me pregunta. (*Se inclina hacia el doctor, intensamente*). Lo sabe, doctor, lo sabe... pero no quiere creerlo. No puede creerlo... y seguir viviendo.

HIGGINS. —(*Impaciente*). Vamos al grano, Bartlett. Usted no me ha traído aquí para embarullar las cosas aun más, ¿no es eso? Veamos los hechos de que me habló. Los precisaré para prescribirle un tratamiento adecuado cuando lo tengamos en el hospicio.

DANIEL.— (*Baja ansiosamente la voz*). ¿Y se lo llevará esta noche... con toda seguridad?

HIGGINS. — A los veinte minutos de irme de aquí vuelvo en el coche. Tenga la seguridad.

DANIEL. — ¿Y conoce bien el camino hasta aquí arriba?

HIGGINS. — Es claro que sí... pero no comprendo porqué...

DANIEL. — Le dejaremos abierta la puerta de calle. Usted suba, nomás. Mi hermana y yo estaremos aquí... con él. Usted comprende... ninguno de los dos sabe nada de esto. Las autoridades han recibido quejas... no de nosotros, acuérdese... pero de alguien. El nunca debe saber...

HIGGINS. — Sí, sí... pero todavía no... ¿Acaso opondrá resistencia?

DANIEL. —No, no. Está tranquilo siempre... demasiado tranquilo; pero podría hacer algo...

HIGGINS. — Cuente conmigo para no decírselo, entonces; pero traeré dos enfermeros para el caso que... (*Se interrumpe y prosigue en un tono llano*). Y ahora... si usted me hace el favor, pasemos a los hechos del caso, Bartlett

DANIEL. — (*Moviendo la cabeza sombríamente*). Hay casos en que los hechos... Bueno, aquí van los hechos. Mi padre era capitán de una ballenera, lo mismo que su padre. El último viaje que emprendió fué hace siete años. Pensaba estar ausente dos años. Cuatro pasaron antes de que lo viéramos otra vez. Su barco naufragó en el océano Indico. El y otros seis pudieron hacer tierra en un islote del borde del archipiélago — una isla pelada como el diablo, doctor,— después de siete días de remar en un bote abierto. Nunca se supo nada del resto de la tripulación... seguramente se los comieron los tiburones. De los seis que arribaron a la isla con mi padre sólo tres estaban vivos cuando unas canoas malayas los recogieron, locos de sed y de hambre, los cuatro. Esos cuatro hombres llegaron, finalmente, a San Francisco. (*Con mucho énfasis*). Eran mi padre; Silas Horne, el piloto Cates, el contramaestre y Jimmy Kanaka, un harponero hawaiano. ¡Esos cuatro! (*Con una risa forzada*) Ahí tiene los hechos que quiere. Está en los diarios de aquel tiempo, la historia de mi padre.

HIGGINS. — Pero ¿qué fué de los otros tres que estaban en la isla?

DANIEL. — Muertos de inanición, tal vez. Se enloquecieron y se tiraron al mar, tal vez. Esa es la historia que contaron. Otra circuló por lo bajo: muertos y comidos, tal vez. Pero perdidos... desvanecidos... eso, indudablemente. Así es la cosa. Por lo demás... ¿quién sabe? ¿Y qué importa?

HIGGINS. — (*Con un estremecimiento*). Creo que importa... y mucho.

DANIEL. — (*Ferozmente*). Estamos frente a los hechos, doctor! (*Con una carcajada*). Y aquí hay algunos más para usted. Mi padre trajo a los tres a esta casa: a Horne, Cates y Jimmy Kanaka. Casi no lo reconocimos al viejo. Había estado en el infierno... y se le notaba. Tenía el pelo blanco. Pero usted ya verá... pronto. Y los otros... estaban medio raros, también... locos, si le parece. (*Con otra carcajada*). Hasta aquí, los hechos. Aquí se acaban... y los sueños empiezan.

HIGGINS. — (*Vacilante*). Parecería... que ya hay hechos de sobra

DANIEL. — Espere. (*Resume deliberadamente*). Un día mi viejo me mandó buscar y delante de los otros me contó el sueño. Yo sería el heredero de su secreto. El segundo día en la isla, me dijo, descubrieron en un abra el casco podrido de un prau malayo... un prau de guerra como los que usaban los piratas. Había estado pudriéndose ahí... Dios sabe desde cuando. La tripulación se había perdido... Dios sabe dónde, porque en la isla no había el menor rastro de seres humanos. Los kanakas se tiraron desde cubierta... usted sabe que son unos verdaderos diablos para andar debajo del agua... y encontraron, en dos cofres (*se arrima para atrás en la silla y sonríe irónicamente*). ¿Adivine qué, doctor?

HIGGINS. — (*Le contesta con otra sonrisa*). Un tesoro, naturalmente.

DANIEL. — (*Inclinándose hacia adelante y apuntando el índice acusadoramente a su interlocutor*). ¡Ya vé! ¡El principio de la credulidad está en usted, también! (*Se echa hacia atrás, con una risa ahogada*). Claro que sí. Un tesoro, naturalmente. ¿Qué otra cosa? Lo sacaron a tierra y... ya puede adivinar lo demás, también... diamantes, esmeraldas, alhajas de oro... innumerables, desde luego. ¿A qué limitar el caudal de los sueños? (*Se ríe irónicamente, como de sí mismo*).

HIGGINS. — (*Profundamente interesado*). ¿Y después?

DANIEL. — Empezaron a enloquecerse... hambre, sed y lo demás... y se empezaron a olvidar. Ah, se olvidaron de un montón de cosas... y a lo mejor fué una suerte. Pero mi viejo se dió cuenta, como me contó, de lo que les estaba pasando, e insistió para que, mientras sabían lo que hacían... adivine otra vez, doctor. (*Ríe irónicamente*).

HIGGINS. — ¿Enterraran el tesoro?

DANIEL. — (*Irónicamente*). Fácil, ¿no es verdad? (*Ríe*). Y después hicieron un mapa... el eterno sueño, usted vé... con un palo tiznado, y mi padre lo guardó. Fueron recogidos completamente locos, como le dije, por unos malayos. (*Abandona el tono burlón y adopta otra vez uno tranquilo y deliberado*). Pero el mapa no es un sueño, doctor. Estamos volviendo a los hechos. (*Mete la mano en el bolsillo y saca un papel muy doblado*). Aquí está. (*Lo despliega sobre la mesa*).

HIGGINS. — (*Estirando el pescuezo con avidez*). ¡Diablo! Esto es interesante. Supongo que el tesoro se encuentra...

DANIEL. — Donde está marcada la cruz.

HIGGINS. — Estas son las firmas, ¿no? ¿Y esa marca?

DANIEL. — Es de Jimmy Kanaka. No sabía escribir.

HIGGINS. — ¿Y debajo? Esa es la suya, ¿no es verdad?

DANIEL. — Como heredero del secreto, sí. Todos firmamos la mañana que zarpó la goleta "Mary Allen", en busca del tesoro. Mi viejo hipotecó la casa para fletarla. (*Se ríe*).

HIGGINS. — ¿El barco que está esperando todavía... el que se perdió hace tres años?

DANIEL. — La "Mary Allen", sí. Los otros tres hombres partieron con ella. Solamente mi padre y el piloto sabían, más o menos, la posición de la isla... y yo... como heredero. Está (*vacila y frunce las cejas*)... no interesa. Guardaré el absurdo secreto. Mi padre deseaba ir con ellos... pero mi madre estaba muriéndose. No me animé tampoco a dejarla.

HIGGINS. — Entonces, ¿usted también quería ir? ¿Usted también creía en el tesoro?

DANIEL. — Por supuesto, (*Ríe*). ¿Qué iba a hacer? Yo creía hasta la muerte de mamá. Entonces "él" se enloqueció, se volvió loco del todo. Entonces levantó este camarote... para esperar... Y con el tiempo se fué dando cuenta que yo dudaba cada vez más. Entonces, como prueba definitiva, me dió una cosa que él había guardado escondida de todos ellos... una muestra de lo mejor del tesoro. (*Ríe*). ¡Mírela!

(*Saca del bolsillo un pesado brazalete con piedras incrustadas y lo tira sobre la mesa cerca del farol*).

HIGGINS. — (*Tomándolo con avida curiosidad; como a despecho de sí mismo*). ¿Legítimas?

DANIEL. — (*Ríe*). Usted quiere creer, también. No... vidrio y latón... baratijas malayas...

HIGGINS. — ¿Usted las hizo examinar?

DANIEL. — Cometí esa idiotez. (*Pone el brazalete en el bolsillo y balancea la cabeza como aliviándose de un peso*). Ahora ya sabe por qué está loco... esperando ese barco... y por qué, al fin, he tenido que pedirle que se lo lleven donde estará bien. La hipoteca... el precio de ese barco... ha vencido. Mi hermana y yo nos vamos a tener que mudar. No podemos llevarlo con nosotros. Ella está por casarse. Tal vez lejos de la vista del mar pueda...

HIGGINS. — (*Convencionalmente*). Esperemos lo mejor. Yo comprendo muy bien su situación. (*Se levanta sonriendo*). Y le agradezco el interesante relato. Ya sabré cómo adaptarme a él cuando delire con el tesoro.

DANIEL. — (*Sombríamente*). Siempre está tranquilo... demasiado tranquilo. Sólo camina de arriba abajo... vigilando...

HIGGINS. — Bueno, ya tengo que irme. Usted piensa que es mejor llevarlo esta noche?

DANIEL. — (*Persuasivamente*). Sí, doctor. Los vecinos... claro que están lejos..., pero, por mi hermana... usted comprende...

HIGGINS. — Ya veo. Tiene que ser doloroso para ella. Bueno... (*Va hasta la puerta, que Daniel le abre*). Volveré luego. (*Comienza a bajar*).

DANIEL. — (*Urgentemente*). No nos falle, doctor. Y suba nomás. El estará aquí.

(*Cierra la puerta y camina en puntas de pie hacia la escalera de cámara. Sube unos cuantos escalones y se detiene un rato a escuchar algún ruido de arriba. Luego atraviesa hacia la mesa, bajando la mecha del farol y se sienta, descansando el codo, el mentón en la mano, mirando sombríamente delante de él. La puerta del fondo se abre con lentitud y Daniel se levanta de un salto y con una voz espesa de miedo, dice: —¿Quién anda ahí? La puerta se abre del todo y aparece Susana Bartlett. Sube a la pieza y cierra la puerta detrás de ella. Es una esbelta y alta mujer de veinticinco años, con una cara pálida y triste, enmarcada en una masa de oscuro pelo rojo. Este pelo es la única nota de color en ella. Sus labios llenos son pálidos; el azul de sus anchos ojos anhelantes se borra en un gris crepuscular. Su voz es baja y melancólica. Viste un batón oscuro y lleva pantuflas*).

SUSANA. — (*Permanece de pie y mira a su hermano, acusadora*). Soy yo, nomás. ¿De qué te asustas?

DANIEL. — (*Desvía la mirada y vuelve a caer sobre la silla*). No es nada. Yo no sabía... creía que estabas en tu pieza.

SUSANA. — (*Se acerca a la mesa*). Estaba leyendo. Oí que alguien bajaba las escaleras y salía. ¿Quién era? (*Con brusco terror*). ¿No era papá?

DANIEL. — No. Está arriba... vigilando... como siempre.

SUSANA. — (*Sentándose, insistentemente*). — ¿Quién era?

DANIEL. (*evasivamente*). — Un hombre... un conocido.

SUSANA. — ¿Qué hombre? ¿Quién era? Me estás ocultando algo. Dime.

DANIEL. (*alzando desafiante la mirada*). Un médico.

SUSANA. — (*Alarmada*). ¡Ah! (*Con brusca intuición*). Lo trajiste aquí arriba..., para que yo no supiera!

DANIEL. — (*Obstinadamente*). No. Lo hice subir para que viera cómo están las cosas, para consultarlo sobre el viejo.

SUSANA. — (*Como asustada de la probable respuesta*). Es uno de esos... del asilo? ¡Oh, Daniel! Espero que no has...

DANIEL. — (*Interrumpiéndola, con voz ronca*). ¡No, no! Tranquilizate.

SUSANA. — Eso sería... el último horror.

DANIEL. — (*Desafiador*). ¿Por qué? Siempre decís eso. ¿Qué más horrible que las cosas, como ahora están? Yo creo que sería mejor para él estar lejos... donde no pudiera ver el mar. Se olvidará esa absurda idea de esperar un barco perdido y un tesoro que no existió. (*Como tratando de convencerse, vehemente*). ¡Yo así lo creo!

SUSANA. — (*Con reproche*). No lo creés, Daniel. Vos sabés muy bien que se moriría si le faltara el mar.

DANIEL. — (*Amargamente*). Y vos sabés muy bien que el viejo Smith está por ejecutar la hipoteca. ¿Eso no es nada? No podemos pagar. Ayer vino y habl[illegible] conmigo. Sabe que esta casa [illegible] ya como suya. Habla como si f[illegible] fuéramos sus inquilinos. ¡el maldi[illegible]! Y juró que nos ejecutaría in[illegible]diatamente, salvo que...

SUSANA. — (*Ansiosame[illegible]*). ¿Qué?

DANIEL. — (*con voz o[illegible]*). Salvo que a papá, se lo llev[illegible]

SUSANA. — (*Angustiada*). ¡[illegible]! Pero, ¿por qué, por qué? ¿Qué puede interesarle papá?

DANIEL. — El valor de la propiedad, nuestra casa que es suya, de Smith. Los vecinos tienen miedo. Pasan por el camino de noche, volviendo al pueblo a sus granjas. Lo ven a él arriba... caminando de arriba abajo... agitando los brazos contra el cielo. Tienen miedo. Hablan de quejarse. Dicen que hay que internarla para su propio bien. Hasta murmuran que esta casa está embrujada. El viejo Smith teme por su propiedad. Piensa que él es capaz de hacer cualquier cosa, de prenderle fuego a la casa...

SUSANA. — (*Desesperadamente*). Pero le dijiste que eso es una tontería, ¿no es verdad? ¿Que papá está tranquilo, siempre tranquilo?

DANIEL. — ¿A qué decirles nada... cuando están convencidos de lo contrario... cuando temen? (*Susana esconde la cara en las manos: una pausa*).

DANIEL. — (*Susurra con voz ronca*). Yo mismo he tenido miedo... a veces.

SUSANA. — ¡Oh, Daniel! ¿Da[illegible]



LA CRUZ

por Eugenio O'Neill
VERSION de JORGE L. BORGES y U. PETIT de MURAT
ILUSTRACION de RECHAIN

DANIEL. — (*Violentamente*). De él, y de ese mar al que está implorando. ¡De ese maldito mar que me impuso cuando yo era chico... el mar que me robó mi brazo y me hizo esta cosa rota que soy!

SUSANA. — (*Rogando*). No podés culparlo a papá... de tu desgracia.

DANIEL. — Me arrancó de la escuela y me metió en su barco, ¿no es cierto? ¿Qué sería yo sino un marinero ignorante como él si él hubiera hecho su gusto? No. No es el culpable el mar que burló sus propósitos, llevándose mi brazo, y luego tirándome a tierra... ¡otro de sus deshechos!

SUSANA. — (*Con un sollozo*). Estás amargado, Daniel... y cruel. Ha pasado ya tanto tiempo. ¿Pr qué no tratas de olvidarlo.

DANIEL. — (*Amargamente*). Me deja la casa. Sí, lo sabe. Yo se lo dije.

SUSANA. — (*Opacamente*). ¡Ah, qué viles son los hombres!

DANIEL (*Persuasivamente*). Si se hiciera... si se hiciera, te digo... la mitad del dinero sería para ti, para tu dote. Es justo.

SUSANA. — (*Horrorizada*). ¡Los dineros de Judas! ¿Crees que podría tocarlos?

DANIEL. — (*Persuasivamente*). Sería lo justo. Yo te lo daría.

SUSANA. — ¡Dios mío! Daniel, ¿estás tratando de sobornarme?

DANIEL. — No. Es tuyo en toda justicia. (*Con una sonrisa torcida*). Te olvidás que soy el heredero del tesoro, también, y puedo permitirme el lujo de ser generoso... (*Se ríe*).

SUSANA. — (*Alarmada*). ¡Daniel! Estás de raro. Estás enfermo, Daniel. No hablarías así si fe de estar loco. Y ahora a los hechos, como dijo el doctor. Lo que te dije de él era mentira. Era un médico del asilo. ¡Fíjate cómo arde! Hay que arrasarlo bien.. este venenoso loquero. Sí, yo te mentí... fíjate... ya se acabó... la última chispa... y el otro igual que había es el que Silas Horne llevó con él al fondo del mar. (*Deja que la ceniza caiga al suelo y la aplasta con el pie*). ¡Se acabó! Estoy libre... ¡al fin! (*Tiene la*



¡Olvidalo! ¡Es fácil hablar! Cuando Tom vuelva de este viaje te casarás y estarás libre de todo eso, con la vida por delante, serás la mujer de un capitán, como lo fué nuestra madre. Que te vaya bien.

SUSANA. — (*Suplicante*). Y vos vendrás con nosotros, Daniel... y papá también... y entonces...

DANIEL. — ¿Vas a cargar a tu joven marido con un loco y un lisiado? (*Ferozmente*). ¡No, no, yo no! (*Vengativamente*). ¡Y él tampoco! (*Pasando bruscamente a un tono significativo, con deliberación*). Tengo que quedarme aquí. Tres cuartas partes de mi libro están listas... ¡del libro que me libertará! Pero ya sé, yo siento, tan seguro como que estamos aquí los dos, que debo terminarlo aquí. No podría vivir para mí fuera de esta casa donde nació. (*Mirándola fijamente*). Aquí me quedaré a pesar del infierno! (*Susana solloza sin esperanza; después de una pausa continúa*). El viejo Smith me dijo que yo podía vivir aquí indefinidamente sin pagar, como cuidador...

SUSANA. — (*Temerosamente, como el murmullo de un eco*). ¿Sí?...

DANIEL. — (*Mirándola, con voz dura*). Si yo lo mando donde ya no se perjudique a sí mismo... ni a los demás.

SUSANA. — (*Con horrible temor*). ¡No, no, Daniel! ¡Por nuestra madre muerta!

DANIEL. — (*Luchando*). ¿Dije yo que lo había hecho? ¿Por qué me miras así?

SUSANA. — ¡Daniel! ¡Por nuestra madre!

DANIEL. — (*Aterrorizado*). ¡Basta! ¡Basta! Está muerta... en paz. ¿A él le entregarías otra vez esa alma cansada, para que la golpee y la hiera?

SUSANA. — ¡Daniel!...

DANIEL. — (*Agarrándose la garganta, como para estrangular algo dentro de él, roncamente*). ¡Susana! ¡Tené piedad! (*Su hermana lo mira con un temeroso presentimiento. Daniel se calma con un esfuerzo y continúa más deliberadamente*). Smith dijo que me daría dos mil al contado si le vendo la casa, y me dejaría quedar, sin pagar alquiler, como cuidador.

SUSANA. — (*Con desprecio*). ¡Dos mil! ¿Cómo, si además de la hipoteca vale?...

DANIEL. — No es lo que vale. Pero es lo que puedo conseguir, al contado... para mi libro... ¡para mi libertad!

SUSANA. — ¡Por eso quiere que se lo lleven, el muy [illegible] debe conocer el testamento que hizo papá... estuvieras bien. Ah, tenemos que alejarnos de aquí, ¡vos, papá y yo! Que Smith nos ejecute. Algo nos quedará después de liquidar la hipoteca; y nos mudaremos a otra casita..., cerca del mar, para que papá...

DANIEL. — (*Ferozmente*). Pueda seguir su descabellado juego conmigo, murmurándome sueños en el oído, señalando el mar, burlándose de mí con baratijas de éstas! (*Saca el brazalete del bolsillo. La vista del brazalete lo enfurece y lo tira a un rincón, exclamando con una voz terrible*): ¡No, no! Ya es demasiado tarde para soñar. ¡Demasiado tarde! ¡Esta noche he dejado atrás los sueños... para siempre!

SUSANA. — (*Lo mira y bruscamente comprende que lo temido por ella ha sucedido al fin; dejando caer la cabeza en los brazos estirados, con una larga queja*). ¡Entonces ya lo hiciste! ¡Lo has vendido! ¡Daniel, estás maldito!

DANIEL. — (*Con un vistazo aterrorizado al techo*). ¡Ssh! ¿Qué estás diciendo? El estará mejor... lejos del mar.

SUSANA. — (*Opacamente*). Lo has vendido...

DANIEL. — (*Agitado*). ¡No! ¡No! (*Saca el mapa del bolsillo*). ¡Oí, Susana! Por Dios, oíme! ¡Mirá! El mapa de la isla. (*Lo despliega sobre la mesa*). Y el tesoro... donde está marcada la cruz. (*Se atraganta y sus palabras se tornan incoherentes*). Hace años que lo llevo conmigo. ¿No es eso nada? No sabés lo que significa. Se interpone entre mi libro y yo. Se ha interpuesto entre la vida y yo... ¡volviéndome loco! El me enseñó a aguardar y a esperar con él... aguardar y esperar... día tras día. Hizo que yo dudara de mi cerebro y que no creyera a mis ojos... cuando la esperanza murió... cuando yo supe que todo era un sueño... no pude matarla dentro de mí! (*Con los ojos salidos de las órbitas*). ¡Dios me perdone, si sigo creyendo todavía! Y eso es una locura... una locura, ¿entendés?

SUSANA. — (*Mirándolo con horror*). Y por eso... ¡lo odiás!

DANIEL. — No, no lo odio... (*En un brusco arrebato*). Sí, lo odio! ¡Me ha robado el cerebro! Tengo que libertarme, entendés, de él y de su locura.

SUSANA. — (*Aterrorizada, suplicando*). ¡Daniel! ¡No! Hablás como si...

DANIEL. — (*Con una risotada salvaje*). ...¿Como si estuviera loco? ¡Tenés razón, pero no lo estaré más! ¡Fijate! (*Abre el farol y prende fuego al mapa. Cuando vuelve a cerrar la linterna, ésta vacila y se apaga. Mira fascinado quemarse el papel, mientras habla*). Fijate cómo me libro y de-

cara muy pálida, pero sigue con tranquilidad). Sí, lo vendí, si querés... para salvar mi alma. Ahora vienen del asilo para llevárselo. (*Hay un grito fuerte, ahogado, desde arriba*: —¡Barco a la vista! *y un ruido de pasos. Con ruido se desliza la trampa de acceso a la escala de cámara. Una corriente de aire atraviesa la habitación. Daniel y Susana se incorporan bruscamente y se quedan como petrificados. El capitán Bartlett baja pesadamente las escaleras*).

DANIEL. — (*Con un estremecimiento*). ¡Dios mío! ¿Habrá oído?

SUSANA. — (*Se lleva un dedo a los labios*). ¡Chist!...

(*Entra el capitán Bartlett. Se parece muchísimo a su hijo, pero la cara es más severa y más formidable, la figura más robusta, erguida y muscular. Tiene una melena canosa, un bigote cerdoso también blanco, contrastando con el color de cuero curtido de la cara arrugada. Pobladas cejas grises sombrean la obsesa mirada de los feroces ojos oscuros. Usa un pesado saco azul cruzado, pantalones de la misma tela y botas de goma hasta la rodilla*).

BARTLETT. — (*En un estado de loco entusiasmo, avanza hacia su hijo y lo señala con un dedo acusador. Daniel se encoge, atemorizado, y retrocede un paso*). Creyéndome loco, ¿eh? Loco desde hace tres años, ¿eh? Desde que esos imbéciles del Slocum propalaron la condenada mentira del naufragio de la Mary Allen.

DANIEL. — (*Ahogándose, tartamudeando*). No, padre... yo...

BARTLETT. — ¡No mientas, mocoso! Vos, a quien yo había hecho heredero, tratando de sacarme del medio. ¡Tratando de arrumbarme detrás de las rejas de la cárcel para los locos!

SUSANA. — ¡Papá, no!

BARTLETT. — (*Ordenándoles que se callen, con un amplio ademán*). Vos no, muchacha, vos sos como tu madre...

DANIEL. — Papá, ¿podés creer que yo?...

BARTLETT. — (*Triunfalmente*). ¡Veo en tus ojos que mentís! ¡Me he estado fijando en ellos! ¡Maldito seas!

SUSANA. — ¡Papá! ¡No!

BARTLETT. — Dejame hacer, muchacha. El creía, ¿no es cierto? Y no se ha vuelto un traidor... riéndose de mí y diciendo que todo es mentira, riéndose de él mismo, también, por creer en los sueños, como él los llama.

DANIEL. — (*Conciliadoramente*). Estás equivocado, papá. Yo creo.

BARTLETT. — (*Triunfante*). ¡Ah! ¡Ahora creés! ¡Quién no le va a creer a sus propios ojos!

DANIEL. — (*Perplejo*). ¿Ojos?

BARTLETT. — ¿No la has visto, entonces? No oíste cuando la avisté?

DANIEL. — (*Confundido*). Oí un grito. Pero, ¿avistar qué?... ¿Ver qué?...

BARTLETT. — (*Severamente*). Ese es tu castigo, Judas. (*Desabotonándose*). La "Mary Allen", ciego imbécil, que ha vuelto de los mares del Sur... ¡que ha vuelto como yo juré que volvería!

SUSANA. — (*Tratando de apaciguarlo*). Papá, tranquilizate, no es nada.

BARTLETT. — (*No haciéndole caso, con los ojos fijos hipnóticamente en los del hijo*). Dobló el cabo hará media hora... la Mary Allen... cargada de oro, como yo juré que estaría, con todas las velas desplegadas... sin una avería, llegando a destino, como yo juré que llegaría... demasiado tarde para traidores, mocoso, ¡demasiado tarde!... soltando el ancla justo cuando la avisté.

DANIEL. — (*Con una mirada rara en los ojos, que están fijados en los del padre*). ¡La Mary Allen! ¿Pero cómo sabés?

BARTLETT. — ¡No conocer a mi propio barco! ¡Vos sos el loco!

DANIEL. — Pero de noche... alguna otra goleta...

BARTLETT. — ¡No es otra, te digo! La Mary Allen... patente a la luz de la luna. Y oí esto: ¿te acordás la señal que combinamos con Silas Horne, si llegaba de noche?

DANIEL. — (*Lentamente*). Una luz colorada y verde, en la punta del palo mayor.

BATLETT. — (*Triunfalmente*). Entonces asomate, ¡si te animás! (*Se acerca al ojo de buey*). De aquí lo podés ver claro. (*Ordenándole*). ¡Vas a creer a tus ojos? Mirá... ¡y llamame loco después! (*Daniel mira por el ojo de buey y vuelve asombrado, como alelado*).

DANIEL. — (*Lentamente*). Una luz verde y colorada en el palo mayor. Sí... claro como el día.

SUSANA. — (*Con una mirada de preocupación*). Déjenme ver. (*Se acerca al ojo de buey*).

BARTLETT. — (*A su hijo, con feroz satisfacción*). ¡Ah!, ahora ves claro... pero ya es demasiado tarde para vos. (*Daniel lo mira como poseído*). Y desde arriba los vi bien a Horne, y a Cates y a Jimmy Kanaka. Estaban en la cubierta, a la luz de la luna, mirándome. ¡Vení!

(*Avanza hacia la escala de cámara seguido por Daniel. Suben los dos. Susana vuelve del ojo de buey, perpleja y asustada. Mueve tristemente la cabeza. Arriba la voz de Bartlett grita*: —"¡Mary Allen, hooo!", *seguido como un eco por el mismo grito de Daniel. Susana se cubre el rostro con las manos, temblando. Daniel baja por la escala de cámara, con los ojos enloquecidos y victoriosos*).

SUSANA. — (*Entrecortadamente*). Está muy mal esta noche, Daniel. Hiciste bien en seguirle la corriente. Es lo mejor.

DANIEL. — (*Furioso*). ¿Seguirle la corriente? ¿Qué diablos querés decir con eso?

SUSANA. — (*Señalando el ojo de buey*). No hay nada allí. Daniel. No hay ningún barco anclado.

DANIEL. — ¡Estás loca... o ciega! La Mary Allen está ahí, a la vista de cualquiera, con las señales colorada y verde. Esos imbéciles mintieron al decir que había naufragado. Y yo he sido un imbécil, también.

SUSANA. — Pero, Daniel, si no hay nada. (*Va otra vez al ojo de buey*). Ningún barco. Fijate.

DANIEL. — ¡Lo he visto, te digo! Desde arriba se ve bien. (*La deja y vuelve a su asiento, junto a la mesa, Susana lo sigue, suplicando atemorizada*).

SUSANA. — ¡Daniel! No tenés que dejarte... Estás nervioso y temblando, Daniel. (*Le pone una mano tranquilizadora en la frente*).

DANIEL. — (*Rechazándola desperadamente*). ¡Ciega imbécil!

(*Bartlett vuelve a la habitación. Su cara está transfigurada con el éxtasis de un sueño que se ha cumplido*).

BARTLETT. — Están arreando un bote... los tres... Horne y Cates y Jimmy Kanaka. Están remando hacia la orilla. Oigo el ruido de los remos. ¡Oigan! (*Una pausa*).

DANIEL. — (*Excitado*). ¡Ya oigo!

SUSANA. — (*Que se ha sentado junto a su hermano; con cauteloso murmullo*). Es el viento y el mar lo que oís, Daniel. ¡Por favor!

BARTLETT. — (*Bruscamente*). ¡Oigan! Han desembarcado. Han vuelto, como yo juré que iban a volver. Estarán subiendo ahora por el sendero.

(*Se queda en una actitud de rígida atención. Daniel se estira hacia adelante en la silla. El sonido del viento y del mar cesan de golpe, y hay un grave silencio. Un denso resplandor verde inunda lentamente la habitación, semejante a un líquido de ilímicas oleadas, como de grandes profundidades del mar, apenas penetradas de luz*).

DANIEL. — (*Agarrando la mano de su hermana, ahogándose*). ¡Fijate cómo cambia la luz! ¡Verde y oro! (*Se estremece*). ¡Muy al fondo del mar! ¡Hace años que estoy ahogado! ¡Salvame! ¡Salvame!

SUSANA. — (*Palmeándole la mano, para confortarlo*). No es más que la luz de la luna, Daniel. No ha cambiado nada. Tranquilizate, hermano, no es nada.

(*La luz verde se intensifica, más y más*).

BARTLETT. — (*Con un canturreado monótono*). Se mueven lentamente... lentamente. Son pesadísimos... los dos cofres. ¡Oigan! Están abajo, en la puerta. ¿Oyen?

DANIEL. — (*Poniéndose bruscamente de pie*). ¡Oigo! Dejé la puerta abierta.

BARTLETT. — ¿Para ellos?

DANIEL. — Para ellos.

SUSANA. — (*Estremeciéndose*). ¡Chiist! (*El ruido de una puerta golpeada se oye desde abajo*).

DANIEL. — (*A su hermana, excitado*). ¡Ahí tenés! ¡Oíste!

SUSANA. — Una persiana que se golpea con el viento.

DANIEL. — No hay viento.

BARTLETT. — ¡Ya suben! ¡Fuerza, muchachos! Son pesadísimos... pesadísimos! (*El chapoteo de pies descalzos suena abajo, después sube las escaleras*).

DANIEL. — ¿Los oís, ahora?

SUSANA. — No son más que las ratas. No es nada, Daniel.

BARTLETT. — (*Abalanzándose a la puerta y abriéndola de par en par*). ¡Entren, muchachos, entren... Dios los bendiga... están de vuelta!

(*Las formas de Silas Horne, Cates y Jimmy Kanaka emergen sin ruido en la pieza desde las escaleras. Los dos últimos llevan pesados cofres con incrustaciones. Horne es un viejo esquinado, con nariz de loro, con pantalones grises de algodón y una camiseta abierta sobre el pecho peludo. Jimmy es un malayo alto, nervudo, bronceado y joven. No usa más que un taparrabos. Cates es retacón y gordo, y viste pantalones de tela ordinaria y una chaqueta blanca de marinero, manchada de herrumbre. Todos están descalzos. Chorrea agua de sus ropas podridas y empapadas. Sus cabellos están enmarañados, entretejidos con algas viscosas. Sus ojos, mientras se desplazan silenciosamente en el cuarto, están muy abiertos, pero como si no vieran nada. Su carne, a la luz verde, sugiere la descomposición. Sus cuerpos se hamacan flojamente, desganadamente, rítmicamente, como si siguieran el movimiento regular de las grandes corrientes submarinas*).

DANIEL. — (*Adelantando un paso hacia ellos*). ¡Mirá! (*Frenéticamente*). ¡Dios los bendiga, muchachos!

SUSANA. — (*Tomándole del brazo*). Sentate, Daniel. Si no es nada. No hay nadie ahí. ¡Papá, sentate!

BARTLETT. — (*Sonriendo burlonamente y poniéndose un dedo sobre los labios*). Aquí no, muchachos, aquí no... no delante de él. (*Señala al hijo*). No tiene derecho, ahora. Vengan. El tesoro es solamente para nosotros. Nos iremos los tres con él. Vengan. (*Va hacia la escala de cámara. Los tres lo siguen. Al pie de la escala Horne pone su ondulante mano en el hombro de Bartlett, y con la otra le tiende un pedazo de papel. Bartlett lo toma y ríe triunfalmente*). Bien hecho... para él... ¡Bien hecho! (*Sube. Las figuras lo siguen hamacándose rítmicamente*).

DANIEL. — (*Con frenesí*). ¡Espérenme! (*Se lanza hacia la escala*).

SUSANA. — (*Tratando de sujetarlo*). ¡Daniel, no! ¡Volvé, papá!

(*La rechaza y sube... la escalera. Golpea contra la trampa, que parece haber sido cerrada para mantenerlo abajo*).

SUSANA. — (*Histéricamente, corre enloquecida hacia la puerta del fondo*). ¡Socorro! ¡Socorro!

(*Al acercarse a la puerta aparece el doctor Higgins, subiendo apurado por la escalera*).

HIGGINS. — (*Nervioso*). Un momento, señorita. ¿Qué sucede?

SUSANA. — (*Con dificultad*) Mi padre... ¡allá arriba!

HIGGINS. — No veo... ¿dónde está mi linterna? ¡Ah! (*Proyecta su luz sobre la cara aterrorizada de Susana, luego por todo el cuarto. El resplandor verde desaparece. Se oyen otra vez el viento y el mar. Entra la clara luz de la luna por los ojos de buey. Higgins se precipita por la escala de cámara. Daniel sigue golpeando la parte baja de la trampa*). A ver Bartlett. Déjeme probar a mí.

DANIEL. — (*Bajando, mirando opacamente al doctor*). La han cerrado.

HIGGINS. — (*Mira para arriba, con voz asombrada*). ¿Qué le pasa, Bartlett? Está abierta. (*Empieza a subir*).

DANIEL. — (*Como previniéndolo*). ¡Cuidado, hombre! ¡Cuidado con ellos!

HIGGINS. — (*Desde arriba*). ¿Ellos? ¿Quiénes? No hay nadie aquí. (*De pronto, alarmado*). Vengan. ¡Ayúdenme un poco! ¡Se ha desmayado!

(*Daniel sube lentamente. Susana atraviesa la escena y enciende el farol, con el que vuelve al pie de la escala de cámara. Hay ruido de forcejeo, arriba. Reaparecen, trayendo el cuerpo del capitán Bartlett*).

HIGGINS. — ¡Con cuidado! (*Lo acuestan en la cama del fondo. Susana pone el farol en el suelo, junto a la cama. Higgins se inclina para auscultarlo. Se levanta después, moviendo la cabeza*). Siento..

SUSANA. — (*Opacamente*). ¿Muerto?

HIGGINS. — (*Asintiendo*). A mi juicio le falló el corazón. (*Tratando de consolarla*). Quizá es mejor así, ya que...

DANIEL. — (*Como en una visión*). Horne le entregó algo. ¿Usted lo vió?

SUSANA. — (*Retorciéndose las manos*). ¡Oh, Daniel, estate quieto! Se ha muerto. (*A Higgins, con lamentable súplica*). Haga el favor, váyase... váyase...

HIGGINS. — ¿No puedo serles útil en algo?

SUSANA. — Váyase... por favor... (*Higgins saluda fríamente y se va. Daniel se va acercando al cuerpo de su padre como atraído por una irresistible fascinación*).

DANIEL. — ¿No viste? Horne le entregó algo.

SUSANA. — (*Sollozando*). ¡Daniel! ¡Daniel! ¡Déjalo! ¡No lo toques, Daniel! ¡Déjalo!

(*Pero el hermano no le hace caso. Sigue mirando la mano derecha de su padre, que cuelga a un costado de la cama. Se abalanza sobre ella y, abriendo con mucho esfuerzo los dedos rígidos, se apodera de una pelotita de papel*).

DANIEL. — (*Agitándola sobre su cabeza con un grito de triunfo*) ¡Mirá! (*Se inclina y la despliega a la luz del farol*). ¡El mapa de la isla! ¡Fijate! ¡No lo he perdido al fin! ¡Queda todavía una oportunidad... mi oportunidad! (*Con la decisión solemne de un loco*). Cuando hayamos vendido la casa, iré... y lo encontraré! ¡Fijate! Fijate, está escrito de su puño y letra: "El tesoro está sepultado donde está marcada la cruz".

SUSANA. — (*Tapándose la cara con las manos deshecha*). — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Vamos, Daniel, vámonos!

TELON

La Penumbra de su Voz

TENDRIA nuevamente su cabello entre las manos, suave y ondulado. Vería al sol desvanecerse entre hebras durante las últimas horas de la tarde.

¡Cabellos de Lisa!

Le caen sobre la nuca y las espaldas. A veces gira la cabeza y posa los ojos azules en los suyos, sonriéndole con abandono.

Ayer al despedirse le apretó con fuerza la mano, cálida y temblorosa. Sintió un feliz estremecimiento. Baldwin le juega bromas con los compañeros de instituto. Pero hasta esto le produce un júbilo inexplicable.

Mira sus cabellos...

En la preciosa sala donde todos hablan, él permanece mudo, hundido en el anciano sofá que hiede a naftalina. Las sillas deterioradas, aunque con evidentes señales de un pasado esplendor, están dispuestas en filas, como en una sala de espectáculos.

Sobre los contertulios cae una luz amortiguada por la lámpara pendiente del techo. Ofrecen así para Edgardo, rostros salidos de un suave amanecer.

Se halla en el extremo posterior de la sala. Al lado del sofá donde está sentado, una mesita esquinera sostiene una maceta de geranios. Arranca a hurtadillas una flor y sufre una pequeña decepción al comprobar que carece de perfume. Se entretiene, entonces, en examinar con atención una hoja de la planta. Hunde las uñas en su limbo carnoso y al olerlas percibe un sabor de ciruelas aciduladas, como si mordiese la pulpa de una de esas frutas.

De pronto se estremece. La hoja cae abandonada de sus dedos. Suena una voz peculiar. Una voz que reconocería entre muchas y en cualquier tiempo. Sí. Es ella.

Frente a los espectadores improvisados, en una tarima, está Lisa, junto al piano, del que huye una música lenta que acompaña el ritmo de sus palabras. Fluye su voz como otra música y Edgardo siente como se agita trémulo su corazón al vaivén de la misma.

Mira su rostro ovalado. Mira sus ojos mongólicos y su pequeña nariz. Sus labios se entreabren con dulzura mientras extiende con levedad la mano.

Siente que lo miran y enrojece. Miradas significativas y cordialmente burlonas, parten de un grupo de condiscípulos.

Después, aprovecha la atención que provoca Lisa, para refugiarse en un rústico banco del patio.

Su voz llega depurada hasta él, en el patio de la penumbra, cálida y fluctuante:

"Abandonadme aquí, fieles compañeros de viaje!
Dejadme solo en la roca, entre pantanos y musgo".

Extrañas palabras. Resuenan en su memoria como un eco de Goethe, fluyendo en la atmósfera para que ambos la escuchen.

"¡Avanzad siempre! Para ustedes está abierto el mundo,
Amplia la tierra, alto y grande el cielo";

Siente cierto gozo menudo y retozón que le baila en las pupilas. Mira hacia el cielo.

El aire transparente se trueca en una cortina vaporosa y sutil.

Piensa en Lisa.

Cuando pequeño, le dijeron que los ángeles volaban en la atmósfera de los atardeceres, siempre vigilantes e invisibles.

Mira hacia lo alto y adivina la imagen de Lisa.

"Para mí todo está perdido, inclusive yo mismo,
Yo no hace mucho era preferido de los dioses;
Ellos me han puesto a prueba, me han prestado Pandoras,
Muy ricas en bienes, pero más ricas en peligros;
"Ellos me empujaron a la boca dispensadora de felicidad
Ellos me apartan y me condenan a perecer".

—¿Solo?

—Sí. Escuchándote.

—Supuse que te aburrías al verte salir...

—No. Prefería escucharte desde el patio. Se oye mejor tu voz...

Ella se queda mirándole sonriente. Edgardo apoya su mano sobre la de Lisa, abandonada sobre el banco. Mira su rostro inclinado de estampa pueril. Quedan en silencio. Edgardo pierde por un momento el deseo de hablar. A su lado, toda otra voluntad no existe. Ella está ahí. Ahora recuesta su rostro sobre su hombro. Está con él. Esto antes hubiera sido un sueño. Ahora es realidad. Realidad en el brazo que rodea su talle y en la mano cuyo pulso trasciende a través de la suya.

Recuerda las indecisiones, las tormentosas noches de vigilia, de sueños con su imagen, antes de su cercanía.

¿Qué importa que Baldwin, el grandulón de primer año se ría de él con sus amigos? Ella está con él. Y nadie podrá desunirlos. Aunque Lisa deba verlo a hurtadillas de los padres, en cuyas manos ha caído una ardorosa y descuidada carta de Edgardo.

Aprovechan las tardes de ensayo para verse con frecuencia antes del festival.

—Dime, Lisa. ¿Nunca te conté la historia de "Amónn"?

—No. Cuéntala.

—Bueno. Escucha. Cuando era niño, vivía con mis abuelos en una casa de patio enladrillado. La casa tenía lugares agradables. Varias habitaciones en desuso en el fondo y la despensa. Pero de todos aquellos lugares prefería el patio cubierto por una parra gigantesca. Al patio lo cercaba un muro medianero cubierto de madreselvas. La enredadera cubría hasta el brocal del pozo con algunas ramas. Este era muy viejo, vencido por la carcoma, amplio y de paredes temblorosas. Me gustaba asomarme a él, para observar la sombra de mi cuerpo reflejada en el agua. Miraba la superficie líquida fijamente, como esperando entrar en el conocimiento de un mundo extraño, sobrenatural. De haber evitado la vigilancia de mi abuela, hubiese descendido para comprobar mis suposiciones. A veces el agua se estremecía. Atribuía la conmoción del elemento al poder de mi mirada. Sí. Ríete si quieres. Pero no puedo evitar el referirte todos los detalles. Abuela decía que allí residía "Amónn", el espíritu de las aguas. Y que se irritaba ante la constante curiosidad infantil".

"Cierta noche fuí despertado en mi lecho por el murmullo cantarino del espíritu naciendo de las profundas sombras. Con sus brazos tremantes sostenía su manto de aguas. Llegó hasta mi cuarto anunciado por una lengua escurridiza que se anticipaba hasta pisar el lugar que debía hollar. Producía a su paso un sonido particular, mezcla de melodía y de sonido de lluvia y avanzaba como una sombra, sin rasgos definidos".

"Recuerdo la angustia que me acometió entonces, cuando unos brazos, blandos pero tenaces, me asieron al lecho. Mientras me convulsionaba espantado ante esa fuerza, solo atinaba a exclamar:

—"Amónn... Abuela... Amónn"...

Se siente envuelto en su brazo.

—¡Amónn!

La palabra se ahoga en los brazos de Lisa.

—Hermosa y extraña historia, dice estrechándolo aun más contra su cuerpo.

Edgardo la mira asombrada.

—El monstruo de agua es una linda sirena. ¡Amónn!... ¡Cómo brillan tus ojos!...

"Avanzad siempre! Para ustedes está abierto el mundo".

El eco de Goethe tiembla en sus tímpanos.

Por

Alberto L[illegible]

Ilustración de [illegible]



Opiniones

MIENTRAS haya cárceles no importa mucho quién esté adentro y quién esté afuera.

★

No hay problema social. A los pobres la pobreza los atormenta; a los ricos la inutilidad.

★

El que puede, hace. El que no puede, enseña.

★

La belleza y la dicha son accidentes.

★

El hombre con dolor de muelas cree en la felicidad de todo aquél a quien no le duelan. El pobre, en la felicidad del rico.

★

Convertir un negro de Africa al cristianismo es convertir el cristianismo en un negro de Africa.

★

Si hay que tratar a los sirvientes como a seres humanos, no vale la pena tenerlos.

★

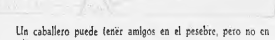
La compasión es el compañerismo del débil.

★

El hombre que ya cree en la Universidad, en el Código Penal y en el deporte, sólo precisa tener rentas para ser un perfecto caballero.

★

Todo hombre que ha cumplido los cuarenta años, es un canalla.



Un caballero puede tener amigos en el pesebre, pero no en la cocina.

★

Cuidado con el hombre que tiene su Dios en los cielos.

★

El pacifismo es el temor de ser derrotado.

★

Salvo en los nueve meses que preceden al nacimiento, nadie resuelve sus problemas con la prudencia con que los resuelve aquel árbol.

★

El matrimonio combina el máximo de tentación con el máximo de oportunidad. De ahí su éxito.

★

El que domina una profesión descree de ella.

★

La decencia es una conspiración del silencio hecha por la indecencia.

★

En el cielo un ángel no es nadie.

★

No ames a tu prójimo como a ti mismo. Si están en buenas relaciones contigo, es una impertinencia; si en malas, una incivilidad.

★

La virtud no está en prescindir del vicio: está en no apetecerlo.

★

Si haces mal a tu prójimo, que no sea a medias.

★

Primero, el hombre se sacrifica por los que quiere: después, acaba por aborrecer a las personas queinspiraron el sacrificio.

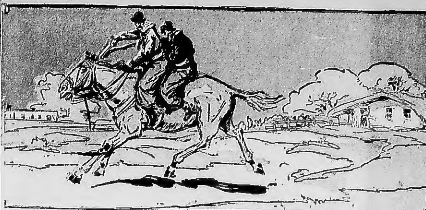
★

La diferencia entre Juan Lanas y un pensador es insignificante para el pensador, infinita para Juan Lanas.

POR

BERNARD SHAW

Ilustración de [illegible]



REMOLIENDAS

—¡A HIJUNA!, si parecían hermanos...

—Por lo ligeros y dentradores...

—Como se pone el cristiano cuando se cruzan polleras...

—Pero al final, son machos de gran corazón.

Así se comentaba, y con otras frases parecidas, el remate de una "trenzada", que a cuchillo limpio, habían sostenido minutos antes, dos mocetones, cerca de los puestos de "chicha", sandías y comestibles que se habían instalado (como en "rodeo" en un terreno, cuarto de manzana) en uno de esos "bodegones" de remoliendas que tan comunes son en las provincias cuyanas.

★

En el linde, entre la ciudad de Mendoza, hacia el Norte y el Departamento de Las Heras, como figurando un descanso para los que bajan de las serranías, o abandonan los viñedos, se había formado, desde hacía días, gracias a la cantidad de "comerciantes" en vinos, chichas, anisados (todos ellos de los distintos colores, gustos y acidez alcohólica, y otros de frutas y comestibles, que explotan sin consideración ni medida, se había formado, como digo, uno de esos tan conocidos y famosos "bodegones" que si bien son de expansión para muchos, porque allí se ha autorizado la "diversión" individual y colectiva sin límite, no sólo como alcohólica y gastronómica, que para eso sobran las mesas redondas donde se sirven buenos "potrillos" de vino criollo, empanadas, churrascos, chorizos y hasta platos con olorosas sopas, sino porque no faltan cantores regionales o guitarreros, que en su mayoría se conforman con unos pocos centavos, que de vez en cuando les hace llegar alguno del auditorio, que conociendo la forma de vida de estos "artistas", se enternece.

Y allí, en cualquier sitio, donde esos puestos dejan un espacio relativamente libre, se han acomodado esos "genios", se cantan cuecas, gatos, chacareras, zambas, etc., ininterrumpidamente, los que son aprovechados por mujeres y hombres, ya para lucirse con sus vestidos de fuertes colores, o chaquetas y camisas con numerosos botones, adornados con sedas variadas, o bien para dar principio o continuar un idilio, que en su mayoría son para mientras duran esas remoliendas.

Era domingo y caía la tarde cuando ocurrió lo que he mencionado al iniciar este relato.

La enorme concurrencia que había en aquel lugar hacía la permanencia casi insoportable, pues la brisa zonda que reinaba y el polvo que se levantaba por el zapateo de las parejas, que hacían gala de agilidad y destreza, pero para aquellos que habían ido allí con intención de pasar el tiempo en franca "juerga", esas molestias no les preocupaban por estar ya familiarizados.

En uno de los ángulos se había instalado una modesta cocina, entre cajones y bancos, cubierta con un ligero toldo, pero aunque reducido y sencillo, estaba limpio y parecía que era el lugar elegido por la gente joven.

Posiblemente existía una gran razón; se trataba del puesto de doña Brígida, quien acompañada de su hija Encarnación, hacían, puede decirse, los honores de la fiesta, pues sus empanadas, pasteles y tortas fritas, eran mentadas en toda aquella zona, lo mismo que en Guaymallen y Chacras de Coria, donde llegaban con su fábrica ambulante cada vez que sabían de alguna remolienda, feria o cosa parecida.

Entonces las callosas manos de doña Brígida mezclaban gran cantidad de harina, que luego fraccionaba en fuentones, aderezándola con pasas, piñones, nueces, etc., según el destino que le diera, o bien iba preparando el picadillo, aceitunas, huevos y ajíes picantes para las empanadas.

Encarnación, delante de la cocinita de lata, junto a la tabla que servía de mostrador y mesa, con la grasa en los sartenes, a punto, se esmeraba en darles el dorado adecuado a cada pieza de masa que ponía en ella.

Era tal el interés por aquellas empanadas, tortas o pasteles, que rara vez se enfriaban en las fuentes, pues eran consumidos por los conocedores de buen paladar.

De doña Brígida, poco o nada se sabía. Llevaba muchos años por aquellos lugares, haciendo la misma vida de trabajo. No se le conocía marido y se decía que nunca lo tuvo... pero algunos viejos, que habían vivido en las cercanías del "Callejón de los Ciruelos" miraban con cariño y respeto aquellas dos mujeres, porque ellos habían "aguaitado" unos amores que doña Brígida tuvo, hacía muchos años, con Cirilo, un "roto" (chileno) que trabajaba como capataz en el ferrocarril. Y dicen también, que aquellos dos seres, dentro de su natural sencillez, habían formado un nido tan primoroso, que fuera envidia de más de una mujer; sus ropas y muebles limpios con exageración; un vergel rodeaba las dos piezas de adobes, y detrás del horno (que diariamente se veía humo de su tronera, porque Brígida mimaba a su hombre con toda clase de atenciones), un gallinero donde se criaban conejos y aves a discreción. Pero también en una remolienda, que se había realizado en la cordillera, en "Los Papagallos", donde su Cirilo, en una reunión con otros compatriotas, habían ingerido gran cantidad de bebida, había sido ultimado cobardemente, porque no le dieron tiempo a defenderse con su inseparable "cabo blanco" que jamás se le caía del cinto.

Dicen que fué una venganza, cobrándose algo que Cirilo había dejado pendiente allá por Coquimbo.

★

Poco después nació Encarnación, y Brígida, manteniéndose buena como en vida de su Cirilo, puso la proa de su hogar hacia la tempestad de la lucha diaria, tenaz y fuerte había llegado hasta donde hoy la encontramos, sin sonrisas en sus labios y la cara curtida por los vientos y los soles, pero con el corazón blindado por que tenía esa hija, de sus amores que es el vivo retrato de aquel que le dió las mejores horas de su vida.

★

Encarnación debe frizar en los 20 años. Morena, ojos grandes y renegridos, dientes blanquísimos, dos gruesas "chanecas" caen sobre su espalda y un cuerpo que demuestra claramente la vida sana y pura de sus progenitores, que han mantenido viviendo casi entre la naturaleza de las sierras.

★

Allí estaba sentado entre unos cajones y canastos, un joven cantor con su guitarra, que derrochaba lirismos de sus conocimientos, haciendo oir lo mejor y más sentido de su repertorio; gimiendo la bordona o una lágrima en la prima.

Se advertía que el mozo tenía gran cariño por su arte, pues no sólo lo hacía con una gran maestría, sino que un sentimiento profundo rebozaba en todas sus notas, y de ahí que el círculo de oyentes fuera en aumento tal que casi era imposible alcanzar a ver al cantor. Tocó la famosa zamba de Pelaia Italo, "Claveles mendocinos" con tanto acierto que no sólo arrancó aplausos hasta de los niños, sino que la mayoría de los hombres metieron sus manos en los bolsillos, extrayendo monedas, que fueron cayendo sobre la tabla del mostrador, pero que Segundo (así se llamaba el mozo) rehusó con toda delicadeza y explicó que se encontraba bien pagado por la buena acogida que se le dispensaba y que le era suficiente con los pasteles con que le brindaba la reina de ese lugar: "Encarnación".

Los aplausos se repitieron ante esa declaración tan sincera y no escasearon las risas y susurros suspicaces, que como es de imaginar todo hacía ver que en el cantor había una marcada inclinación hacia Encarnación, quien parecía lo advertía, pues el rubor cubría toda su cara, aun cuando doña Brígida a su lado, le recomendaba tal o cual pieza que debía dejar más en la grasa por su mayor espesor de relleno, etc., en tanto vigilaba atentamente lo que a su lado ocurría.

Entre los oyentes se encontraba otro apuesto mocetón, Genaro, mensual de una bodega de las vecindades de "Trapiche", quien desde el día antes había estado haciendo una corte disimulada pero insistente, a Encarnación, demostrándoselo con continuas adquisiciones de sus productores y el obsequio de un macizo de clavel del aire cuajadito de flores, y si bien ella mostrábase indiferente, a pesar de que el porte y lenguaje no le desagradara, pero... no había llegado el momento de elegir.

★

Casi anocheciendo, ya se habían encendido algunos candiles, cuando Genaro se aproximó sigilosamente a Segundo y tocándole ligeramente el hombre, le pidió que lo acompañara, invitación que éste no se hizo repetir, y sin sospechar de lo que se trataba, se ajustó el pañuelo de seda blanco que llevaba al cuello y como por costumbre acarició de paso el mango de plata de su cuchillo, dejando la guitarra sobre el cajón.

Encarnación, que vió los movimientos, tuvo un triste presentimiento, por lo que instintivamente se dió vuelta y abrazó a su madre mientras una lágrima rodaba por su mejilla; y doña Brígida, al oir de su hija lo que había visto, la estrechó contra su pecho, como único consuelo en un trance ignorado.



Los dos hombres, seguidos por varios de los presentes, se aislaron del lugar, resguardándose por unos arbustos, y como si hubiera existido un tácito acuerdo, desnudaron sus filosos cuchillos y acometiéronse fieramente.

Ambos eran hábiles en el manejo del arma, así que los puntazos y quites se repetían con rapidez y limpieza casi académica.

El duelo criollo era real. La sangre se veía en los rostros y la ropa mostraba desgarraduras evidentes de la pujanza con que aquellos brazos dirigían sus armas.

Pero, en un momento dado, ocurrió algo inesperado. Genaro, que llevaba la mejor parte, levantó el arma, gritando a su adversario: ¡Basta hermano!, a tiempo que arrojaba a tierra su cuchillo, acción que imitó Segundo.

Entonces Genaro se le acercó, lo abrazó y arrastró hacia la calle, donde tenía atada su mula ensillada y haciendo montar en ancas a Segundo, saltó sobre la montura y puso al galope largo a su cabalgadura, en dirección a la sierra.

Cuando llegó la autoridad, avisada por uno de los espectadores, aquellos habían desaparecido, y poco rato después, en el "Bodegón" no se hablaba más del incidente corriente en esta clase de fiestas.

Encarnación, al no ver volver a Segundo ni a Genaro, e ignorando el final de aquella cita, guardó la guitarra del cantor y al finalizar la remolienda, en el silencio de su pobre casa, besó aquellas cuerdas que con tantas armonías le había hecho sentir aquel que tal vez no muy lejano, podría haber sido su dueño.

De los dos guapos no se supo nada, pero dicen que desde aquella noche, fundidos por el mismo cariño y con la nobleza de los hijos de aquellas tierras, fueron hermanos inseparables y [illegible] vieron a "juerga" alguna [illegible] degones".

Por

Beatriz Diel

Ilustración de Rojas

La Maldición de la Lepra

En la vasta literatura determinada por los espíritus investigadores que han ahondado hasta ahora en las indecibles tribulaciones de los leprosos, hallamos toda suerte de aportes de un gran significado humano. Encontramos las descripciones minuciosas de leprocerías en distintas regiones del mundo, trabajos de investigación científica que ofrecen al profesional y al que no lo es, cada uno de los elementos que contribuyen a la sintomatología complicada del mal, a su origen y propagación, como también a los milagrosos procedimientos descubiertos para traer alivios, evitar contagios y, en algunos casos tomados a tiempo, lograr una cura. Nada de mayor dramaticidad que los relatos acerca de hombres de ciencia, sacerdotes, madres, esposos, que con gran espíritu de sacrificio y renunciamiento han socorrido en alguna forma u otra al leproso, aunque más no fuera que para hacer más llevadera su triste existencia con los halagos de la amistad o del amor. Más de un santo en el calendario no tiene mayor proeza en sus manifestaciones de beatitud personal que el sacrificio de su vida como un tributo al dolor de un semejante atacado por el mal de Hansen, uno de los pocos males que justifican cualquier abjetivo fuerte. Pero posiblemente ninguna de esas construcciones al conocimiento de lo que es en sus orígenes y consecuencias la calamitosa enfermedad pueda compararse con la que ha hecho en los últimos años sir Leonard Rogers, inglés dos veces noble, por su apellido de abolengo y por su devoción científica al estudio de la lepra, sobre la cual es una de las autoridades más destacadas de todos los tiempos.

"¡Inmundo!, inmundo!"

"¡Inmundo! ¡Inmundo!". Con este apostrófico nombre, que trae a la memoria la incomprensión de los antiguos acerca de la lepra, intitula Paolo Zappa un libro sobre la materia, prologado por sir Leonard Rogers, quien nos garantiza la veracidad de cada una de las observaciones y conclusiones que encierra la obra. De otro modo se prestaría a toda suerte de dudas la dramática profusión de relatos, materiales estadísticos, cuadros gráficos, que utiliza este autor italiano para descorrer el velo que todavía cubre una gran cantidad de hechos directamente vinculados con la vida y la enfermedad de los leprosos. La copiosa información que nos provee no podrá caer en saco roto ante los que tienen en sus manos la autoridad y los recursos para evitar que el mundo contemporáneo se olvide de esta cuestión trascendente. La humanidad tiene en este gran problema todavía intereses de vida o muerte... Así lo han asegurado Rogers y Paolo Zappa, quienes se valen de los copiosos medios referidos para recordar al mundo actual que, debido a la relativa inmunidad de que goza, gracias a numerosos factores de índole diversa, no debe incurrir en el error de creer que se trata de un horror que pertenece por exclusivo al pasado.

La lepra en nuestros días

No se trata de una mera referencia a esta espantosa realidad. Los hechos y las cifras invocadas tienen la gravedad de las grandes admoniciones. En la China solamente, y se nos recuerda, hay leprosos a millones. En el Japón, no obstante sus recientes asimilaciones de la vida y la ciencia del Occidente, tiene cien mil leprosos. Y si pasamos del Oriente al continente Americano, nos hallamos en presencia de una propagación no menos alarmante en Cuba, Colombia y otros países, entre los que se destaca especialmente el Brasil. En la América Latina, sufren el mal de la lepra dos habitantes por cada millar.

Pudriéndose en vida

Hojeando las páginas del libro de Zappa, aunque en la forma cinematográfica a que invitan sus grabados, se observa que no es en una simple leyenda que se basa el temor y náuseas suscitada por la sola mención de una leprosería. Cada una de las reproduciones de casos individuales o conjuntos colectivos corroboran l tradicional iepresión de que el leproso ofrece el cuadro horripilante que más de un escritor nos presenta en términos de "cuerpos que se pudren en vida". También se llega a justificar que la familiaridad y el continuo contacto con leprosos no contribuyen a desdibujar ese cuadro. Parece ser que los especialistas de más larga foja de servicios en leproserías no dejan nunca de sentir las primeras impresiones de su asociación a los enfermos. Un famoso especialista brasileño, director de una leprosería de San Pablo, decía efectivamente a Paolo Zappa lo siguiente: "Hace ya treinta años que estoy dedicado a la colonia y tengo a la vista centenares de leprosos. A pesar de ello, no me he acostumbrado a verlos con indiferencia, como ocurre a los médicos de otras enfermedades. En realidad, la impresión de asco aumenta en lugar de disminuir con el tiempo".

Entre las furias espirituales del Medioevo

Parece ser que por toda Europa la lepra ha sido durante la Edad Media poco menos común que lo que resulta ser ahora en los países orientales y americanos arriba mencionados. Las medidas tomadas contra los atacados por la terrible enfermedad revestían aspectos de condenación espiritual, promulgada contra ellos por autoridades eclesiásticas, en cuyos anales se registran documentos de gran interés histórico como el que pasamos a reproducir: "Una vez diagnosticado como leproso, el enfermo recibía un informe de las conclusiones del médico. Se le suministraba un sacerdote, encargado de separarlo por completo de la sociedad con algo así como un ritual bien determinado". "El leproso en esos casos, — dice un documento de la época — era llevado primeramente a la iglesia, donde se comulgaba por última vez en su vida. Del confesionario pasaba arropado en una manta especial al altar para oír la última misa que había de escuchar. Terminada la misa, el sacerdote que la oficiaba daba la orden para que el leproso fuera llevado al patio de la iglesia, cosa que se hacía en una camilla improvisada cual si se tratara de un muerto. En el patio el sacerdote aparecía con una pala con la que echaba tierra sobre el enfermo, dando la impresión de estar llenando una fosa. Recibía finalmente algunas últimas palabras de consuelo que el cura decía con tono plañidero y cuya última frase era: Muere para el mundo pero vive para Dios. Después de eso, en la misma camilla era llevado el leproso a las afueras de la ciudad y abandonado a campo abierto, solo, perfectamente solo".

Cuando en algunas ciudades se humanizaron semejantes medidas, hijas del terror que despertaban los leprosos, se les imponía a éstos la obligación de andar envueltos en una capa de color especial, usar guantes y calzar zuecos de madera, cuyo taconeo pudiese oírse a larga distancia. Se le prohibía tocar objeto de cualquier clase, a no ser por medio de un bastón del que se le obligaba a ir siempre provisto.

Es probable que estos cuidados hayan contribuído a evitar la propagación de la lepra en Europa. Los autores que nos ocupan, sin embargo, no están seguros de ello, ya que citan numerosos casos en que el aislamiento practicado en tiempos modernos no ha dado resultado satisfactorio. Quince años, por ejemplo, de lucha contra la lepra en las islas Filipinas, de lucha conducida hábilmente por el gobierno de Estados Unidos, no ha reducido la difusión de lepra en una medida apercibible, a juzgar por una investigación, de la que se hacen eco Rogers y Zappa. Los métodos reñidos con sentimientos humanitarios resultan contraproducentes, pues contribuyen a la disimulación y a la rebeldía. Una de las consecuencias peores de la segregación poco atrayente para los enfermos conduce a que la mayoría de los casos de enfermos que pasan por el período primero y en muchos casos curables, no sean dados a conocer por ellos o por sus familiares.

Los consejos de Hansen resultan los mejores

Los métodos que están ahora al alcance de la humanidad, parecen ser tan eficaces que infunden a nuestras autoridades la seguridad de que si los gobiernos los adoptaran sería posible desterrar del mundo la lepra en el término de varias generaciones. Se trata de los métodos inspirados en la misma obra de Hansen, el descubridor del bacilo de este mal. "Trátese a los leprosos como seres enfermos, no como seres malditos, — decía el gran Hansen — y se beneficiará la humanidad no menos que ellos. Permítase que los que tienen medios se queden en sus casas y resérvense los lazaretos para los indigentes. Sobre todo esto: no se hagan economías con los leprosos, y dedíquese a su cuidado todo el dinero que se pueda gastar".

El gobierno de Noruega siguió los consejos de aquel hijo talentoso del mismo país, y al parecer obtuvo beneficios considerables. En 1890 había en Noruega 1800 leprosos; a fines de 1905 no había más de cien. Agrega sir Leonard a estos ejemplos de previsión gubernativa algunos hechos científicos últimamente descubiertos acerca de la naturaleza del origen y el desarrollo de la enfermedad para redondear una posición doctrinaria adecuada para la lucha contra ella. Dice el gran especialista británico que, como la mayoría de los casos el período de la incubación del bacilo no es de más de cinco años, y además, como los casos francamente infecciosos no tienen más de diez años de desarrollo total, es posible poner en práctica métodos de lucha en que se combinen la ciencia y el sentimiento con las consecuencias más lisonjeras. Asevera Rogers: "Si las casas y los alrededores de leprosos pudiesen estar vigilados mediante un examen practicado cada seis meses durante diez años, a fin de constatar la aparición de los primeros síntomas de las etapas infecciosas, la vasta mayoría de los casos que están en el primer período de desarrollo podrá ser combatida y eliminada al mismo tiempo que los casos infecciosos hayan podido ser eliminados o se hayan eliminado por sí mismo".

Coinciden estas conclusiones de sir Leonard con los recientes descubrimientos metodológicos del doctor Aitken para curar enfermos que no hayan entrado en avanzados períodos de infecciosidad, comprobando demostrativamente sus teorías en la obra ejemplar que ha venido realizando con los leprosos del Sudán durante una larga estada en aquella región.

Peloponeso y Jaz mín ★ por Hamlim









































UN CUENTO POLICIAL

La Noche del 31

La joven Haydée Miralli le entregó llorando al pesquisante chino Fu-Yi-Nam la esquela firmada por su novio, concebida en los siguientes términos: "He visto el abrazo de ustedes, la noche de Año Nuevo, en el balcón de tu alcoba, después del escalamiento del señor por quien me reemplazas... Gracias; puedo asegurarte que nunca volverás a verme. Arnoldo Páez".

El pesquisante fijó sus ojos hacia la joven; detrás de ella estaba colgado el almanaque, señalando la fecha: 4 de enero.

—Esa noche ni siquiera estuve en mi casa, señor... — suspiró Haydée.

—¿Está usted segura, señorita — le preguntó Fu-Yi-Nam — que no se trata simplemente de un pretexto para romper con estas relaciones?

—¡Oh, no, señor! — exclamó vivamente la joven —. Se lo puedo jurar mil veces. Me amaba sinceramente; hay detalles que lo prueban.

La señorita Haydée era huérfana de padre y madre, y estaba bajo la tutela de Juan Cosso, administrador de bienes de la familia, desde la edad de catorce años; contaba en la actualidad veintiuno. La situación económica de Haydée era inmejorable. Arnoldo Páez distaba mucho de estar a su misma altura en materia de finanzas.

—¿Tiene usted una copia del testamento de su señor padre?

—No, señor.

—¿Quiere usted darme la dirección de su escribano?

—Con mucho gusto.

—Gracias.

El pesquisante se levantó, dando por terminada la breve entrevista.

Antes de salir, la joven de detuvo para preguntarle, ansiosamente:

—¿Puedo esperar?...

—Tendré novedades muy pronto. Váyase tranquila.

A las dos horas, Fu-Yi-Nam se presentó al despacho del escribano. Llevado a presencia del mismo, exhibió su credencial.

—Soy el pesquisante Fu-Yi-Nam. Deseo revisar el testamento de Diego Miralli.

Al paso de pronunciar estas palabras, el pesquisante sorprendió en el rostro del escribano un gesto irónico.

—El testamento del señor Miralli, acaban de llevárselo...

—¿Quién?

—El tutor de la señorita Miralli.

Fu-Yi-Nam se dirigió a la casa de la heredera. Era una suntuosa casa-quinta, rodeada de jardines y arboleda. Se hizo anunciar. El criado volvió para decirle que la señorita Haydée había salido. Fu-Yi-Nam no insistió. Su actitud apacible no pasó desapercibida para el criado, que esperaba ver en él, sin duda, un gesto de contrariedad; en cambio, esta extrañeza del cliente le dió al perspicaz Fu, a su vez, la oportunidad de confirmar su sospecha de que la señorita Haydée estaba en la casa.

—Veamos — se dijo mentalmente Fu-Yi-Nam — en el mejor de los casos, el criado no ha podido llegar hasta la señorita. Debe haberle salido al paso el tutor, para decirle que ella no estaba. Voy a hablarle por teléfono, de parte de... de...

Pronto se ingenió para saber a quién debía mencionar. Habló; le contestó una voz masculina:

—¿La señorita Haydée? ¿De parte?

—De parte de Monsieur Binet.

Era el nombre de su modisto.

—Un momento.

Esta vez, la voz de Haydée hizo vibrar el auricular. Fu-Yi-Nam le dijo, de inmediato:

—Le habla el pesquisante Fu-Yi-Nam. ¿Puede atenderme enseguida?

—Con mucho gusto.

Cinco minutos después, el pesquisante estaba sentado frente a la señorita Haydée, en el saloncito de lectura de la joven.

—Deseaba dar una lectura al testamento de su señor padre. ¿Lo tiene usted en su poder?

La joven hizo un gesto de extrañeza.

—Pero ¿no le dije hace un momento, señor Fu-Yi-Nam, cuando estuve en su casa, que el documento estaba en poder de mi escribano?

—Estaba; ya no lo está.

—¿Quién lo retiró?

—Su tutor, señorita Haydée.

—A ver, un momento...

La señorita Haydée hizo sonar un timbre. Apareció su ayuda de cámara.

—Llámelo al señor Cosso.

—El señor Cosso, señorita, ha salido apresuradamente para Mar del Plata. Sobre su escritorio dejó una esquela para usted.

—Tráigala.

El ayuda de cámara trajo lo pedido, y se retiró.

—Antes que nada, señorita Haydée — dijo Fu-Yi-Nam — haga el favor de decirme cómo se llama este hombre.

—¿El ayuda de cámara? Juan, creo... Es nuevo; recién ha entrado ayer a nuestro servicio.

—¿Y el otro?

—Se fué por su propia voluntad, sin dar explicaciones.

—¿Qué día se marchó?

—Anteayer, el día 2...

—Perdone que me detenga en estos detalles... ¿Puede usted facilitarme el nombre y la dirección del ayuda de cámara anterior?

—Enseguida.

La señorita Haydée registró unos cajones de su escritorio, y le proporcionó a Fu-Yi-Nam los datos pedidos. Este le dió las gracias, y la señorita Haydée leyó la esquela de su tutor. Frunció el ceño, visiblemente contrariada, y permaneció un momento en silencio, con la vista fija en el suelo. De nuevo volvió a pasear sus ojos por el papelito, leyendo esta vez en voz alta:

—"Un asunto urgente me reclama. Parto en el tren de las 12. Saludos".

Fu-Yi-Nam sonrió casi imperceptiblemente. Enseguida, le preguntó a la joven:

—¿No recuerda usted alguna cláusula del testamento que guarde relación con el señor Arnoldo Páez?

La señorita Haydée recapacitó unos instantes.

—Creo... En efecto, que hay algo... que no es, precisamente...

—Veamos, trate de hacer memoria. El dato es de sumo interés para la pesquisa, se lo aseguro.

—Si mal no recuerdo — comenzó diciendo Haydée Miralli — en uno de los párrafos del testamento se declara que, en caso de trasponer la heredera, yo, en este caso, la edad establecida para la mayoría de edad sin haber contraído enlace, la fortuna de mi padre debe dividirse con mi tutor, el señor Juan Cosso, que fué camarada de exploraciones de mi padre en Groenlandia...

Fu-Yi-Nam se inclinó, vivamente interesado.

—Perfectamente. ¿Cuándo cumple usted los 22 años?

—Pasado mañana.

—¡Pasado mañana!

Fu-Yi-Nam se puso de pie.

—Me voy.

—¿Tan pronto? ¿No necesita nada más?

—Por ahora, basta.

Al despedirse, el pesquisante Fu-Yi-Nam le dijo a Haydée desde la puerta:

—Pasado mañana cumple usted los 22 años... Me quedan tan sólo cuarenta y ocho horas para despejar la incógnita de su ruptura, y reconciliarla con su novio.

Fu-Yi-Nam se dirigió rápidamente hacia el domicilio de Arnoldo Páez.

—Soy el pesquisante Fu-Yi-Nam, explicó cuando se halló en su presencia. — Deseo que me conteste a esta sola pregunta:

—¿Cómo supo usted que la noche de Año Nuevo iba a tener lugar la escena que usted dice haber presenciado?

—Por un anónimo; después lo comprobé.

—Señor — le dijo entonces Fu-Yi-Nam — le aseguro, bajo palabra de honor, que la señorita Haydée ha sido víctima de una maquinación infame, en provecho de terceros. Prométame usted, a cambio de mi diligencia, que si llegan a ponerse las cosas en su verdadero lugar, usted se casará con ella pasado mañana antes de las doce horas.

El joven, que escuchaba con la ansiedad que es de imaginarse las palabras de Fu-Yi-Nam, exclamó inmediatamente:

—Aceptado.

Fu-Yi-Nam se volvió a su gabinete. Se sentó a la turca, y engulló su porción habitual de dawamesk. Durmió toda la noche. A la mañana siguiente, muy temprano, salió a la calle. A pie, después de consultar las señas anotadas la tarde anterior en su libreta, marchó por Azcuénaga en dirección a Lavalle. Llegó frente al número 2355. Llamó con unas palmadas.

—¿Julio José?

—Acá vive. Un momento...

POR FERRARI AMORES

Ilustración de Rojas

El hombre que saliera a atender al pesquisante, un cerdigonazo rechoncho y brutal, se alejó unos pasos hacia adentro, y colocándose las manos a los lados de la boca, a modo de bocina, llamó:

—¡Ea! ¡Julio! ¡Acá te buscan!

Se oyó un "¡Voy!" lejano, en el piso de arriba, y al rato bajó el ex ayuda de cámara de los Miralli.

Fu-Yi-Nam le dijo, simple y enérgicamente:

—Queda usted detenido.

—¡Pero, señor!... — comenzó a gimotear el hombre — yo no he cometido ningún crimen! Yo...

—Si usted promete contarme cómo se preparó la escena de la infidelidad, la de la ventana, yo...

—Pero ¿de qué infidelidad, de qué ventana me habla usted, señor?

—Es inútil, Julio. El tutor de la señorita Haydée lo ha confesado todo; y te declara culpable de esa pantomima. Dice que le exigiste dinero por la fuerza, y entonces, él...

—¡Mentira! ¡Miente ese canalla! — rugió entonces el ex criado —. ¡El dinero me lo dió él para inducirme a la comedia!... Yo...

—¡Basta! — volvió a exclamar Fu-Yi-Nam —. Vamos andando, o...

—¡No, no, un momento! Escúcheme; el culpable ,en este caso, no...

—De una vez por todas, — le interrumpió Fu-Yi-Nam, calmoso como de costumbre — ¿está dispuesto usted a declarar la verdad ante quien le interesa, y después, a reconstruir la escena de aquella noche?

—¡Cómo no! ¡Cien veces, si es preciso!

—Bueno; vamos juntos. Yo le doy mi palabra de que no tendrá ningún trastorno. Esto lo arreglaremos en privado.

Sentados ambos frente al joven Arnoldo Páez como en una simple tenida de amigos, mientras fumaban los tres sus respectivos cigarrillos, el ex ayuda de cámara se explayó de esta manera:

—El tutor de la señorita Haydée estaba particularmente interesado en retardar su matrimonio, pues, según lo sé ahora, su maniobra, en caso de éxito, iba a proporcionarle una participación en la herencia igual a la de ella. Ideó un plan para lograr su propósito, y recurrió a mis servicios para llevarlo a cabo. Se eligió la noche de Año Nuevo, por saberse de antemano que ella iba a pasar la velada en casa de unos parientes de su difunta madre. Todo se redujo a simular una escena de amor a propósito para que la presenciara el señor Páez, a quien se le envió un anónimo con ese objeto. Como la señorita estaba ausente, fué sumamente cómodo llevar las cosas a su término. Mi propia mujer hizo el papel del ama; y yo, vestido con toda elegancia, llevando además un pequeño bigote postizo, desempeñé el rol de galán" .. Fu-Yi-Nam se echó a reír; y el joven Arnoldo, a pesar suyo, no pudo reprimir una sonrisa.

—Era una noche oscura, sin luna — continuó el ex criado de la señorita Haydée — y el tutor, que espiaba los movimientos del señor Páez, se declaró satisfecho del resultado.

—En efecto — terció el señor Páez — esa noche, después de recibir el anónimo, esperé el momento señalado en la misiva, y me interné en la arboleda que circunda la casa. Me avergüenza decirlo, pero cualquier otro hubiera hecho lo mismo, antes de atreverse a increpar a la mujer que se ama... Naturalmente que pensé también que se trataba de una calumnia. Pero... ¿y si no iba? La duda es horrible, en estos casos... De modo que presencié toda la farsa, como digo, desde el parque de la casa. Después, redacté la esquela que usted conoce.

Aclarado de este modo el incidente, los novios, como es de imaginarse, ya que, a pesar de todo no deseaban otra cosa, se casaron inmediatamente. El tutor se vió obligado a emigrar a Europa. A Julio José, de acuerdo a lo prometido por Fu-Yi-Nam, no le pasó nada; pero el susto recibido le sirvió de escarmiento.

Museo de la Confusión

Al calor de un "Hogar" del 22 de junio, me dediqué a la lectura de cierto cuento titulado "Retrato de hombre". Entre las erratas, sinalefas, locuciones viciosas, cacofonías, adiptongos, cuasi diptongos, vocales inabsorbibles, idiotismos y sonsonetes, fuí sorprendido por el siguiente pasaje:

"Hunde los brazos, con pulseras gordas, entre la ropa, y las manos se llenan del olor de limones y membrillos".

Es lo mejor que podía haber hecho la heroína, pues está probado que el limón adelgaza y que el membrillo, salvo raras excepciones postreras, dulzainas y reposteriles, no se complica con obesidades, seborreas ni materias grasas. Me parece justo decir que es ésta la única conveniencia que le veo al "hobby" de llenar los guardarropas, baúles y roperos, de chauchas balinas, vainas de algarrobo, guayabas, sandías caladas, higos chumbos y chirimoyas. Recomiendo, eso sí, evitar los cardos, alcahuciles y algunas variedades de cactus entre los pañales del nene y las pantuflas del abuelo.

En la misma lucubración, un poco más adelante, encontré lo que sigue:

"Observando al dorso del retrato leyó: "Te amo". Experimenta ahora un prolongado estremecimiento, como si aquel mancebo se encontrara allí, en figura física, en presencia viva".

¿Y si el mancebo se hubiera encontrado en figura tísica, en presencia réquiem, no hubiera experimentado también la damisela una alteración o sobresalto análogo? ¡Quién sabe; estas heroínas son tan raras que a lo mejor con toda naturalidad lo invitaba al huésped a dar un paseo por el Museo Arqueológico o a tomar un helado de crema en la adyacencias del horno crematorio!

★

En otro Home Sweet Home correspondiente al 15 de junio hallé cierto monólogo bautizado "Una muchacha con personalidad". Transcribo lo que sigue:

"Siento que un día me moriré de esta cosa tan horrible: ¡los ojos que se van para adentro!.. Y pensar que mis ojos anduvieron esta mañana por Palermo... tragaron gente, automóviles, árboles, estatuas... ¡Estatuas!.."

No hay duda alguna que esta persona va a tener que resonar con horrible fragor. Ya me estoy palpitando el momento en que la ciudad desprovista de buzones, bicicletas, pirámides, obeliscos, monolitos y arboricultura se vea imposibilitada de calmar las ansias del ojo saltón o volador y éste recurra a inspeccionar los interiores de su dueña obligándola a tener la covacha siempre abierta para todo afán voraz o tuerto y la deje finalmente sin lombriz solitaria, píloro , cólon ascendente y páncreas Tanoira.

★

En la misma revista, de un articulito titulado "Calumnia", entresaqué lo siguiente:

"Porque se puede hablar sin abrir la boca ni tomar la pluma".

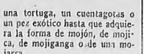
Sin abrir la boca se han dado casos de personas que lograron conversar por la nariz, vociferar endecasílabos con la oreja izquierda y hasta pronunciar las palabras mamá y papá con el ombligo, pero esto abriéndolo desmesuradamente. Sobre que se puede hablar sin tomar la pluma, es indudable y hasta creo que es más factible que tomándola. Recuerdo aún que la única vez que quise convertirme en un florero de plumas con aliento, las únicas palabras que pude articular fueron nosocomio y sálveme quien pueda, mientras mis oídos percibían claramente que era llamado con insistencia por mi nombre.

★

En la sección Para la Gente Menuda, la hogareña revista nos informa sobre algunos pormenores referentes al bebé, en forma de consejos. Veamos:

"No lo deje mojado de noche más de cuatro horas, y de día, cámbielo apenas se moje".

Me parece muy bien porque sería una crueldad mantener al párvulo en bañomaría más de cuatro horas, como también obligarlo a habitar en el aljibe, la ciénaga, el caño maestro o el lavabo, dándole como únicos entretenimientos un esponjiario,



una tortuga, un cuentagotas o un pez exótico hasta que adquiera la forma de mojón, de mojica, de mojiganga o de una mojarra.

En "Para Tí" del 26 de junio se hicieron presentes algunos renglones dedicados a Eva Franco por un señor que firma Luis Tejada. Comienza así:

"Una de nuestras primeras actrices, Eva Franco, mujer que llena ella sola cualquier escenario y defiende con su arte cualquier obra, disimulando los defectos que la producción pueda tener, esculpiendo en mármol sus personajes".

Ante todo, no veo la conveniencia de que una actriz llene ella sola el escenario, primero por lo monótono que resultaría el espectáculo y además por el desprecio que esto significa para los otros actores, como ser el tenorino, el bufo, la prima donna, el prestidigitador, el equilibrista, etc., por más que previamente se hayan visto esculpidos en mármol, granito o cemento armado. Más adelante expresa el crítico:

"En la Zaida de Martínez Cuitiño, Eva Franco pinta el personaje y hasta llegan momentos en que la Zaida que está en el escenario pasa a la platea, vale decir, que la protagonista se introduce en el espectador y se hace verdadera... Zaida de carne y hueso, que vive allí y seguirá viviendo para el espectador fuera del teatro".

Otras irreverencias de la actriz que no se conforma con usufructuar el escenario, dedicarse a la escultura y al arte pictórico, sino que también pretende avasallar la platea y utilizar los pocos sobrevivientes como bolsillos, mortajas y antropófagos. Finalmente esta otra particularidad de la diva, según su historiador:



"Y la actriz obedece, ¡y cómo obedece!, porque ella siente la obra, vive la obra, y llega un momento en que no sabe si la actriz está en el autor, o si el el autor está en la actriz".

Si ahora salimos con que la actriz está completamente boleada, es otra cosa. Si ni siquiera sabe si ella se lo ha puesto a Martínez Cuitiño en un bolsillo o si el escritor de garra se la ha metido a ella en la gorra queda completamente explicado su actuación frente a las candilejas, los chocolatines y el público desconcertado.

★

Pasemos ahora al "Para Tí" del 19 de junio donde aparece un artículo que trata de la temporada lírica del Colón y que presenta todas las huellas de su autor, el crítico Fernando Jáuregui. Me entero de lo siguiente:

Damiani dió pruebas de un completo dominio de la escena, revelando estar en posesión de todos los resortes de su cuerda.

¿Una cuerda con resortes? No creo: apenas si alguno le asigna tornillos a ciertas cuerdas que no son locas, y esto en casos aislados. Si se tratara de alguna cuerda para colgar ropa, entuavía, pero en cualquier forma me parece difícil.

A renglón seguido me sucedió lo siguiente:

Y para un cantante, presentarse por vez primera en un escenario extranjero, significa ponerse sobre una plataforma insegura, plataforma que lo puede elevar o voltear. Por esta razón, repetimos, se advirtió en este artista un nerviosismo sin importancia.

Si al señor Jáuregui le parece que tiene poca importancia el nerviosismo, el ataque de nervios o el baile de San Vito para una persona que se encuentra parada en un trampolín que puede elevarlo hasta la estratósfera o zambullirlo de cabeza en un dique seco, no sé para cuándo reserva la parálisis y la inmovilidad el ágil crítico revisteril.

POR ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

El Nuevo Rico ☆ por H. Rodríguez



